



# DICTAMEN

Ascensión Divina 2

Historias  
no contadas

Alexandra Román

Ilustraciones por Versaly R. Hernández

Puerto Rico



Historias  
No Contadas  
Die Dichtamen

Dictamen, Ascensión Divina 2  
Historias No Contadas

Texto por Alexandra Román Román © 2021. Todos los derechos reservados.  
Publicado y editado por Alexandra Román Román.

Ilustraciones interiores por Versaly R. Hernández Román © 2021.  
Diseño de portada e interior, y foto de autor por Alexandra Román.

Los personajes y la historia son ficticios. Los nombres de los personajes, así como de los lugares, los eventos e incidentes de esta historia son creación de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con personas, fallecidas o vivas, o eventos actuales son pura coincidencia.

No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc., Sin el permiso previo de los titulares de los derechos de propiedad intelectual, entiéndase Alexandra Román Román.

Para información sobre permisos o comprar para “book clubs” o bibliotecas, pueden escribir a [ars.mink@gmail.com](mailto:ars.mink@gmail.com).

Alexandra  
<http://alexandraroman.com>

Impreso en los Estados Unidos

## Nota de la autora sobre Historias No Contadas

Saludos,

Deseaba hacerte un regalo de agradecimiento por obtener Dictamen. Usualmente nosotros los escritores eliminamos ciertas escenas o capítulos de una historia. Esto ocurrió en esta segunda entrega de Ascensión Divina. En Dictamen, si no la has leído te cuento, conocerás a Danershe, la Custodia de la Energía, y a Ábrego, Custodio del Aire y Mudiwa (príncipe) de Vergeri.

Los capítulos que para ellos comencé a escribir y que en un principio iban a ser parte del libro, fueron un deleite para mí y me ayudaron a conocer a estos personajes de una manera especial. Como en Dictamen, sus capítulos tienen un símbolo para identificar el personaje que contará esa parte de la historia. En el glosario de Dictamen están los símbolos de los custodios de Ataiba y su significado. Allí encontrarás los de Danershe y Ábrego que utilizo en estas Historias No Contadas.

Espero disfrutes de estas narraciones y desde ahora me disculpo, sus historias no fueron concluídas. Tal vez las termine en un futuro no muy lejano, pero por ahora estos son los capítulos que te ayudarán a conocer a estos personajes secundarios: Danershe y Ábrego. ¡Buen viaje, lector!

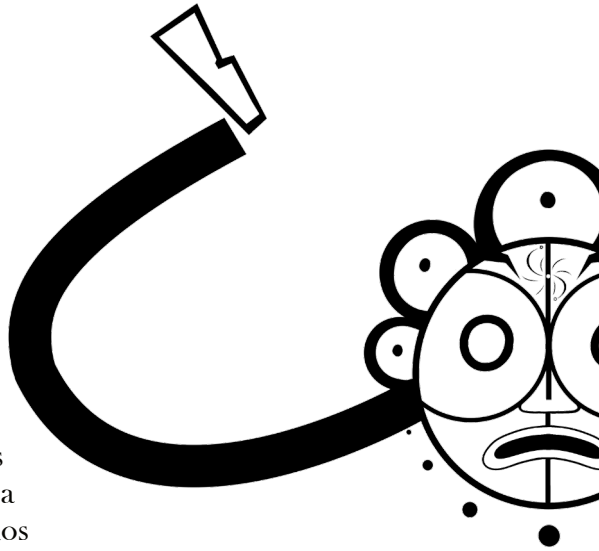
Alexandra



## El Ascenso

Sus músculos ardían de los esfuerzos que hacía al sujetarse de las grietas. Las ásperas piedras de la montaña tenían las yemas de sus dedos rasguñadas. Era su tercer día de ascenso y estaba exhausto al requerir de sus brazos para escalar. La baja temperatura se sentía como agujas en la piel. Independientemente de su estado corporal, debía alcanzar el tope y completar su ritual de madurez. Tenía mucho por demostrar, en especial, cuando era un mestizo, la consecuencia de la unión de una hūaku con un jiharú. Sus súbditos le miraban con desaprobación y todo lo que hacía era meticulosamente estudiado y criticado.

La piedra que agarró con su mano derecha cedió de improviso. Su mano izquierda sujetaba con fuerza la estaca de seguridad que había clavado en la roca y asegurado su sogá minutos atrás. Respiró profundamente y dejó que el susto pasara. Estaba a la mitad de su recorrido del día, le faltaba poco para alcanzar la cima. Debía concentrarse, despejar su mente de las tribulaciones cotidianas y conquistar la montaña. Él no solo era un hūaku, era hijo de la montaña, el próximo en línea en ser Eze de Vergerri, el rey. La roca le era innata, la conocía, la escaló desde su niñez en preparación para



ese momento que determinaría su paso a la adultez. No debía temer a la roca que no se dejaba conquistar por su ascenso, sino respetarla. La montaña solo devolvía la fuerza a la que era sometida por sus extremidades al agarrar sus contornos.

Ábrego se sujetó con seguridad a la pared rocosa y se tomó unos segundos para respirar y buscar con su mirada la próxima roca que debía agarrar. La encontró e impulsándose hacia arriba, sus músculos trincados, la agarró con su mano derecha. Así continuó el resto de la tarde, tomándose unos descansos de vez en cuando para comer y tomar agua. La noche estaba pronta en arribar y tenía que levantar su caseta para resguardarse. Buscó con la mirada una plataforma donde pudiese colocarla, mas no había ninguna, debía colgarla de la pared vertical de la montaña. No le agradaba mucho la idea, pero no tenía otro remedio.

Se dio a la tarea inmediata de sujetar no solo la caseta, sino también su equipo y los suministros. Al terminar, se aseguró que su arnés de seguridad estaba seguro, buscó alimentos y su botella de agua y se metió en la caseta. Se abrigó bien y se sentó, tomó y comió. Saciado dejó que su cuerpo pesado y adolorido se desplomara lentamente sobre el piso de tela. Le faltaba poco para llegar y conocía que el último trecho de la montaña era el más peligroso. Eso le había dicho su primo que el pasado mes había pasado su ritual. Cerró sus ojos para descansar y encarar lo que le esperaba. La montaña no era lo que le preocupaba en realidad, sino lo que debía pasar en el templo que yacía en la cima.

Su cuerpo se relajaba y los dolores pasaban, su mente se apaciguaba. Mientras se dejaba seducir por el sueño, sintió la presencia nuevamente. Estaba tan cansado que no podía luchar en contra del sentimiento. No era extraña la presencia que en momentos inesperados e importantes en su existencia sentía. Era como si estuviese conectado a su ser y a su espíritu, y este le conocía. No sabía cómo, pero sí estaba seguro de que el ser era su igual. La conexión le relajaba y sentía que una energía fluía a través de él recargándole. Sus músculos dolían menos y Ábrego se hundía más en su sueño, hasta que se durmió.

En la mañana, se levantó con la claridad que el sol deslumbraba sobre la pared de la montaña. Se dio cuenta que estaba tarde para levantar el campamento. Comió y bebió, recogió sus cosas con sumo cuidado. Aseguró su arnés y comenzó de nuevo el ascenso por la montaña. El viento le daba la bienvenida con fuertes ráfagas que le azotaban con fuerza. Lentamente,



luchando contra la montaña y el viento, ascendió hasta llegar a la parte más difícil donde esta creaba un techo sobre él. Respiró profundamente a sabiendas que necesitaría concentrarse, de lo contrario un error le constaría su vida.

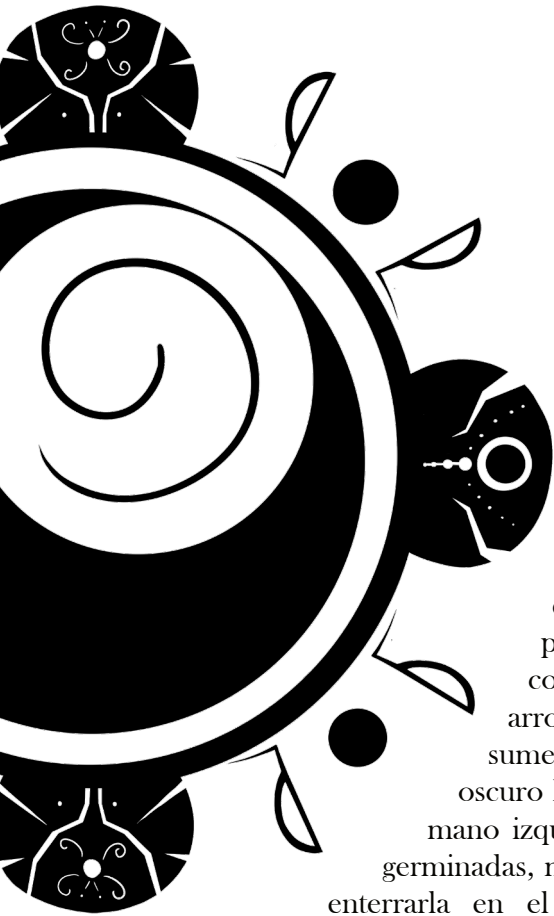
En la grieta donde la pared vertical se unía a la horizontal, colocó una estaca de seguridad y aseguró su soga. Tomó unos segundos para estudiar la roca y sus protuberancias. Estiró su brazo derecho y agarró la roca fuertemente. Sujetó otra con la izquierda y haciendo fuerzas con sus brazos subió sus piernas para que estas se aguantaran en la pared que ahora quedaba horizontal a su cuerpo. Respiró nuevamente para llenarse de valentía mientras buscaba la próxima roca. La halló y lentamente avanzó. Llegó al final de la plataforma, estiró su brazo para agarrarse y subir por ella. Sus manos le dolían, pero debía continuar. Ya estaba próximo a llegar a la cima, solo un poco más.

La pared rocosa era como de un metro de alto, pero lo peor lo dejó atrás. Cerró sus ojos, sentía como sus dedos ardían listos para descansar, mas no debía dejar que el dolor y el cansancio de sus manos tomaran control. Una brisa suave rozó su rostro y sintió al ser nuevamente. Un toque de energía dentro del suyo como el roce cálido de un rayo de sol. Dejó que corriera por todo su cuerpo, abrió sus ojos y ascendió lenta y cuidadosamente. Podía divisar el final a solo unas pulgadas y fue entonces que avanzó.

Su mano tocó el último peldaño y con él se empujó hacia arriba hasta que todo su cuerpo estuviese sobre la plana superficie donde se desplomó. Allí permaneció varios minutos con los ojos puestos sobre el cielo azul. Sonrió orgulloso de su logro, se puso en pie y admiró la hilera de montañas a la distancia. Desde el fondo de su espíritu dejó surgir un grito estruendo que resonó por las montañas perdiéndose en la distancia. Lo logré, se dijo.

La emoción corría por todo su cuerpo, la alegría le embestía. Allí, en la soledad de la montaña y abrigado por su silencio, no temía a nada ni a nadie. En ese lugar que había conquistado podía ser él mismo, relajarse, dejarse ir. La satisfacción de ese momento era embriagante y el deseo de quedarse allí, seductor. Sin embargo, había luchado para llegar allí por un motivo en particular: su entrada al templo.

Allí certificarían en su piel que escaló la montaña y pasó el ritual. Le dio una última mirada a la hilera de montañas, se despidió y se encaminó hacia el templo por el camino rocoso y angosto.



## Ni De Aquí Ni De Allá

El día soleado estaba fresco y a la distancia se escuchaban los cánticos de los pájaros y el flujo del agua por los canales contruidos alrededor de las terrazas de arroz para inundarlas. Sus piernas estaban sumergidas hasta los tobillos, su falda azul oscuro la sujetaba a un lado con un nudo. En su mano izquierda aguantaba un puñado de semillas germinadas, mientras tomaba una con la derecha para enterrarla en el terreno debajo del agua. Ya estaba acostumbrada a estar doblada y la espalda ya no le dolía tanto, aunque terminaba un poco agotada al final de la jornada.

Danershe, de ojos verde bronce, de piel cobriza y cabellos negros ondulados, era acompañada por su mai y su tía quienes eran vergerrés. Danershe era la progenie de la unión de dos razas enemigas: la hüaku y la vergerrés. En definición era una mestiza y entre las colinas de Terrarys, aunque el racismo no era tan severo como en las grandes provincias, esta se dibujaba en sus miradas y en el trato seco. Danershe conocía quienes le querían y esos que la odiaban por lo que era. Ese trato nunca se dio de parte de su linaje, siempre fueron amorosos con ella. Mas Danershe se sentía como una extraña en su tierra natal, sin embargo sabía que había otra que no

conocía y que tal vez le daría un trato diferente.

Su mai comenzó a cantar, seguida por su tía y ella, con una sonrisa en su rostro:

—Plantemos, plantemos nuestra vida. Plantemos nuestro sustento. En las terrazas de agua viva y tierra fértil. Plantemos, plantemos la heredad de nuestros antepasados. Las que nos concedieron y enseñaron. Plantemos, plantemos un fruto nuevo. Plantemos nuestro alimento. El que será energía para la vida.

Danershe sentía la alegría de la canción correr por todo su ser y recordó que allí en las terrazas todo es paz y no hay odio para ella, sino amor. La energía fluía por su cuerpo hasta llegar a sus manos y por las semillas germinadas, tal y como el agua lo hacía por las terrazas. Podía sentir cómo la plántula se conectaba con la tierra saturada de agua a través de sus raíces y comenzaba a extraer sus nutrientes de esta. La sensación la inundaba de felicidad, ese era el lugar al que pertenecía. El que la hacía sentir una y no la unión de dos razas.

A la distancia una voz femenina le llamaba, era Blitia, su bojike y tekina. La Señora del Oráculo, a quien nunca ha conocido y de la que conoce todo, la envió. Desde su infancia la hüaku, o ínarú como ella le enseñó se denominan a las féminas de su raza, la cuidó y educó. Mientras los otros niños de la región iban a la escuela, ella fue educada en su hogar. La educación que le daba Blitia era una diferente a esa que daban en la escuela vergerrés. La suya se basaba en conocer, no solo su origen vergerrés, sino también ese de su raza paterna, la hüaku, y el poder divino que en su ser vivía.

Danershe le indicó a Blitia que le faltaba poco y ella se sentó sobre un peldaño a esperarle. El viento sopló fuerte y casi la tumba, le faltaba por sembrar una de las plántulas cuando en medio viaje de su brazo, quedó paralizada. Le sentía como en las otras veces. Danershe sabía lo que necesitaba, pues lo podía presentir.

La presencia estaba casi sin fuerzas y con dolor. Le necesitaba nuevamente y ella, como seducida por algo misterioso que no comprendía, cerró sus ojos y dejó fluir su energía a través de las corrientes de viento que soplaban a su alrededor. Estas se la llevaron y surcaron por los cielos de Vergerrri hasta llegar a su punto más alto y allí depositar su cargamento.

Danershe abrió sus ojos, un poco confusa. Había pasado anteriormente no una, ni dos, sino desde que tenía noción de ser. Miró a Blitia para

cerciorarse que no se dio cuenta y al parecer fue así. Nunca le había contado nada, pero debía hacerlo. Esta última tomó mucho de ella, en especial cuando utilizó vasta energía para el cultivo. Se sentía cansada, pero en poco tiempo se recuperaría.

La mañana siguiente, Danershe y su mai salieron al mercado. Allí su mai le dio una canasta y la envió a comprar pan, mantequilla y leche. Le pidió a su mai que por favor fuese ella quien fuera por la leche, pero se negó.

—No les hagas caso a sus palabras o su forma de mirarte. Si no son importantes en tu vida tampoco lo e' lo que piensa o diga de ti. No dejes que ellos te arranquen tu paz—. Al decir esto, le dio un beso en la frente y se marchó a buscar el resto de las cosas.

El panadero era amable con ella, era un vergerrés mayor, su cabello ondulado era plateado y blanco y resaltaba en contraste con la negrura de su piel. Conocía a su linaje desde antaño, en especial a su abuelo de quien hablaba cada vez que ella venía a buscar pan. El hijo del dueño en donde compraba la leche era todo lo contrario, era un soldado retirado y como todos ellos, odiaban a los enemigos de Vergerrí, aunque tuviesen una alianza de paz. Fue él quien le sirvió la mantequilla, pero en sus ojos se reflejaba el odio que por ella sentía.

No le hagas caso, no es importante, se dijo, pero el enojo comenzaba a despertar en sus sentidos.

Tomó la leche y le pagó, pero no pudo contener el mirarlo con seriedad. Tapó con el paño la canasta y se marchó. Mientras caminaba al punto de encuentro con su mai que era en el colmado de la florista, sintió la presencia de unos soldados que caminaban detrás de ella. El odio era evidente y alimentaba su enojo. Inhalaba lentamente y exhalaba como su tekina le enseñó para evitar que el coraje nublara su pensamiento.

Cuando estuvieron cerca le pidieron con voz fuerte que se detuviera. Danershe lo pensó, pero siguió como si no fuese con ella. Sin embargo, fue el segundo llamado que la paró en seco.

—Mestiza, te dije que te detuvieras.

Los soldados se pusieron en frente suyo. Su mirada denotaba soberbia, odio y repudio. Por su postura ella podía concebir que venían con aires de grandeza, esa que le concede ser guardián de provincia.

Nada bueno se traman, se dijo.

—Necesitamos inspecciona' el contenido de la canasta —demandó uno de ellos.

—Solo llevo alimentos —respondió ella seria.

El soltó una carcajada.

—Una que e' mestiza y que cobija al enemigo en su hogan, puede que lleve má' que alimentos. Dame la canasta —dijo con severidad en su voz.

—No —dijo ella.

—¡No! —exclamó él—. ¿Quién te crees que eres? —Se acercó a ella y la agarró por el brazo fuertemente.

Danershe sin pensarlo, descargó sobre su mano una carga eléctrica fuerte. Él la soltó de inmediato, seguido por un grito. El soldado se aguantó la mano y la miraba con temor. El otro fue en su ayuda. El soldado le decía que no podía sentir su mano.

Un mercader que la conoce desde su infancia y le tiene mucho cariño, se acercó. Como si nada dijo:

—¿Espero e'té bien, oficial? Se acerca una tormenta. He visto e'to antes. No se preocupe e' solo estática, a e'ta joven siempre le gustó anda' arrastrando los pies y mire que se lo he dicho tantas veces. En unos minutos volverá a sentir su mano. Oficial, —dijo al otro—. E' mejol que lo lleve al cuartel pa' que descanse. Su mano se sentirá rara luego que despierte.

El soldado así lo hizo. El mercader era uno respetado por todos y sus palabras eran de confiar.

Miró a Danershe y con la mirada le dijo que le acompañara. Mientras caminaban, él le dijo:

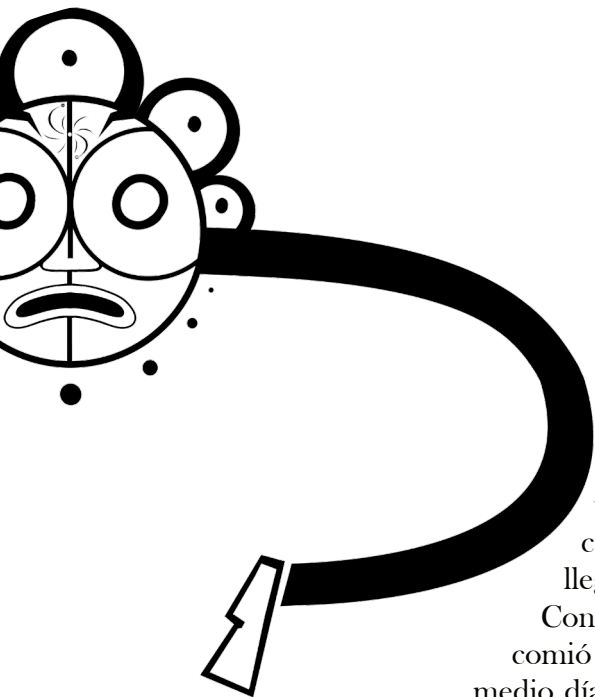
—Ve directo a tu hogan, Danershe.

—mai, me espera en la florista.

—No, vete a tu hogan, yo voy a la florista y le explico. ¡Vete!

Danershe así lo hizo. Durante el camino, pensaba en ese lugar que le vio nacer, pero la expulsaba como a un indeseado de sus entrañas. No era de aquí ni de allá. Allá no conocía a nadie, ni tan siquiera a su padre a quien odiaba. Con la promesa de que regresaría, abandonó a su mai antes de que supiera que estaba embarazada. Nunca regresó, y su tekina jura que nadie en Ataiba sabe dónde está.

Ni de aquí ni de allá, entonces, ¿de dónde? Era la constante que acosaba sus pensamientos, quizás los envenenaba. No deseaba estar más allí donde no era deseada. Sin embargo, no sabía cómo salir y a dónde ir. Necesitaba ejecutar un plan para salir y debía acumular monedas para hacerlo.



## La Marca del Príncipe de Verggerri

La distancia que pensaba sería una corta se alargó por una hora, y ya comenzaba a desesperarse. Había llegado muy lejos y no debía sucumbir.

Continuó por media hora más, se detuvo, comió y bebió agua y siguió su camino. Al medio día las grandes y prepotentes puertas de metal del templo se divisaron a la distancia. Un suspiro se le escapó y su caminar se aligeró.

Al llegar, se detuvo un instante y miró a las grandes piedras negras y lisas que bordeaban la entrada. Se dobló, tomó una y la estudió con la mirada. No era muy grande, sino sencilla y lisa. La guardó en el bolsillo de su pantalón. De inmediato, hizo sonar una campana de oro que colgaba cerca de las puertas. Estas se abrieron de par en par y un sacerdote emergió de ellas y le dio la bienvenida. Ábrego se irguió y caminó orgulloso de su logro.

El resto del día descansó, en la noche le vino a buscar un sacerdote de cabellera canosa y rostro cubierto por tatuajes, y a quien se le dificultaba el caminar. Le hizo una reverencia a Ábrego y dijo:

—Soy Imani, sacerdote principal de nuestra orden, me encargaré, como hice con su pai y su abuelo, en darle su primera tinta a su piel.

—E' un honol pa' mí, Imani, conocerle. E'toy a su disposición —le

contestó Ábrego e hizo una reverencia.

El sacerdote sonrió, y dijo:

—Nunca he vi'to a un hüaku. Conocía de ellos, pero nunca les he vi'to. Aunque, usté, tiene más características vergerrés que hüaku. Sus ojos son peculiares.

Ábrego no sabía si sus palabras eran un alago o un insulto. No supo contestar, el sacerdote se dio cuenta.

—No me tome a mal, e' solo curiosidad. Aquí en la cima de la montaña sagrada nos llegan las noticias tarde, pero llegan. Nos mantienen al tanto de las cosas los sacerdotes de la capital, y nos llamó mucho la atención la unión de nuestro eze con una hüaku. Algo que pensamos nunca ocurriría, pero ya ve. To' bajo el sol, o güey como le llaman los hüaku, e' posible.

Ábrego sonrió y asintió, no debía estar a la defensiva allí donde el racismo no había llegado.

—Mudiwa Ábrego sígame, pol favol. Daremos comienzo a la etapa final de su ritual —dijo Imani.

Ábrego así lo hizo. El caminar del sacerdote era lento y suave, muy diferente a ese que caracterizaba a un vergerrés: fuerte y pausado para dejar notar la robustez de su cuerpo. Él concluyó que debía ser la edad del sacerdote que cambió su estilo de caminar o quizás la vida en el templo donde hay otro estilo de vida lejos de las influencias del resto del reino.

El sacerdote lo llevó a un salón cubierto por estalagmitas y en el centro una mesa de piedra, a su lado una pequeña con los instrumentos para tatuar su piel. Otros sacerdotes estaban alrededor de esta en silencio. Velas por todas partes iluminaban el salón y le daban un aire cálido y a la vez pesado. Le pidieron se acostara sobre la mesa y Ábrego así lo hizo.

El sacerdote le miró y se acercó un poco a él.

—No debe moverse en ningún momento, mudiwa Ábrego. Si lo hace el tatuaje se dañará y se quedará así en su piel pa' siempre.

Ábrego asintió, su padre le había informado de todo. Le dijo que el silencio era importante, que si se quejaba de dolor no lo terminarían. Recordó sus palabras:

»—La montaña no se mueve al ser esculpida por el aire ni gime de dolor. Así debes ser cuando en tu piel recibas el primero de tus tatuajes.

El sacerdote dijo:

—Bien, vamo' a comenzar.

Tomó alcohol y lo pasó por el lado izquierdo de su rostro. El líquido

estaba frío, pero no hizo gesto alguno. Respiraba lentamente a la espera del primer toque. Vio de reojo al sacerdote muy cerca de su mejilla y allí sintió que trazaba el dibujo que sería tatuado. Al terminar, sintió la diminuta punta que impregnaba en su piel la tinta. Una punzada tras de otra, rápidamente sin detenerse y con agilidad. El dolor incrementaba, se tornaba con el pasar de los segundos insoportable. Mas se mantenía inmóvil, respirando profundo y con cada respiro esperaba inhalar fuerzas desde las entrañas de su espíritu.

¿Dónde estás? se preguntó al no sentir la presencia en ese momento tan crucial. Lo había estado antes, pero ahora no le sentía y le deseaba para no sentirse solo y con las ansias de detener al sacerdote. Si lo hacía perdía y demostraba que no era un vergerrés, que no era digno del trono del reino. Si detenía al sacerdote en medio del tatuaje, estaría el resto de su vida con una marca a medias, una que le señalaría como un cobarde. Aguanta, se dijo, si pudiste con la montaña puedes con el dolor.

Le dolía la mejilla, el pómulo, parte de su cachete y ahora la mitad de su frente donde el sacerdote daba el toque final a su tatuaje. No sabía cuánto tiempo pasó y el sacerdote solo se detuvo varias veces para descansar su mano y para que Ábrego tomara agua. Solo una vez le preguntó si deseaba descansar y regresar luego, pero Ábrego se negó deseaba terminar lo antes posible. Así que el sacerdote continuó punzada tras punzada con una rapidez y destreza en sus manos que impresionaron a Ábrego. Solo esperaba que el tatuaje fuese uno digno de su estirpe.

Horas más tarde, el sacerdote se detuvo, estudió el rostro de Ábrego detenidamente. Sonrió y le untó una pomada y lo tapó con un vendaje. Le pidió se pusiera en pie y él así lo hizo. Al bajarse de la mesa, el sacerdote se paró frente a él y los otros detrás de este. El sacerdote, dijo;

—Mudiwa Ábrego, ha completao su ritual. Yo, Imani, sacerdote principal, lo confirmo y pol tal, he terminao la marca en su piel. Pol el podel investio en mí, lo declaro un vergerrés digno de la estirpe real Ontáñez —se hincó frente a él y los demás hicieron lo mismo.

Ya no habría duda alguna de quien era, la marca en su rostro lo confirmaba y estaría allí siempre para que aquellos que dudaban la vieran cada vez que le miraran al rostro. La noción llenaba de orgullo y le hizo sentir seguro de sí. Hoy su transformación llegó a su realización y aunque también era un hūaku, se vería a sí mismo de ahora en adelante como un vergerrés.

Ábrego asintió en agradecimiento y les pidió con un gesto de su mano



que se pusieran en pie. El sacerdote, entonces, le acompañó a sus aposentos para que descansara y le informó vendría más tarde a retirar el vendaje y limpiar el tatuaje para evitar se infectara. Antes de retirarse, dijo con voz pausada:

—No sé si su pai le contó, pero los primeros tatuajes y esos que lo consagraban Ezes de Verggerri, el de su tatarabuelo, el de su abuelo y su pai estuvieron a mi cargo. Espero poderle dar el de eze cuando llegue el momento, sería un gran honol antes de partil de este reino al espiritual. Ya he escogio el sucesol que se encargará de su futura stirpe, él hizo el de su primo Belior, pues el que hizo el de su tío pasó de este reino al espiritual. Una pena, era talentoso.

Ábrego para demostrarle su respeto hacia él, le hizo una reverencia y seguido le agradeció los años de servicio a su reino y a la stirpe Ontáñez. El sacerdote dijo:

—Hago mi debel, ese que viene atao a los votos que en mi juventud realicé. Pero pa' serle sincero, mudiwa Ábrego, lo hago por amol al servicio.

—Fue un honol conocerle y espero vuelv a verle en un futuro.

—Una cosa más. De todos ellos, usted, fue el único que no titubeo ni se quejó de dolol. 'Fortaleza ante las tormentas' aclaman los de la stirpe Ontáñez, pero ellos no tuvieron mucha —rió al decir esto—. Debe sel su descendencia hüaku la que le dio esa fuerza pa' no retrocede' ni en un instante. Siéntase orgulloso de ella, pues será quien le dará la fortaleza que necesitará pa' enfrenta' las tormentas en su existencia.

Sus palabras le sorprendieron, comenzaba a negar de su otra descendencia, de que no la necesitaba más cuando su marca demostraba quien realmente era. Bajó su rostro pensativo y confundido. Por años deseaba borrar una parte de su ser y siempre pensó que ese momento lo haría. Mas, según el sacerdote, su otra descendencia le fortalecía. Creyó haber encontrado quien era realmente con el ritual, pero se dio cuenta que no se conocía por completo.

El sacerdote se marchó, deseándole un buen descanso. Ábrego se miró al espejo, la mitad de su rostro estaba cubierto por un vendaje. Sus ojos color gris oliva reflejaban su lado hüaku y sus ondulados cabellos cobrizos junto con su estatura y su físico, su lado verggerrés. Por dentro se sentía dividido, que su ser halaba más para un lado que para el otro; pero sus características físicas decían lo contrario. El espejo no mentía, y le develaba quién realmente era: una mezcla de ambos, la unión de dos opuestos, un mestizo.

Independientemente de su marca, aún lo verían como lo que era y el rechazo sería aun más fuerte entre esos que le repudiaban. Sintió enojo y bajó su mirada. Se tiró en la cama y se arropó.

El ritual no sirvió de nada, sigo siendo el mismo aunque haya conquista' o lo que muchos no han podido realiza', se dijo.

Entonces, recordó las palabras del sacerdote cuando le dijo que fue el único que no se quejó y siguió hasta el final.

Soy más fuerte de lo que era antes de llegar aquí, y eso me ayudará a soporta' el rechazo y hacerles frente pa' que se den cuenta que no les temo y me deben su respeto.

Sin pensar en más, el cansancio lo abatió y se quedó dormido.

## El Rostro

Al llegar a su hogar, Blitia salió a su encuentro. Tenía un telegrama en sus manos y la alegría decoraba su rostro. La tekina se dio cuenta de inmediato de su estado de ánimo, uno que era regular cuando regresaba del mercado, pero esta vez era peor. Blitia le pidió le contara lo que sucedió y Danershe lo hizo.

La tekina acarició su rostro y con una sonrisa, dijo:

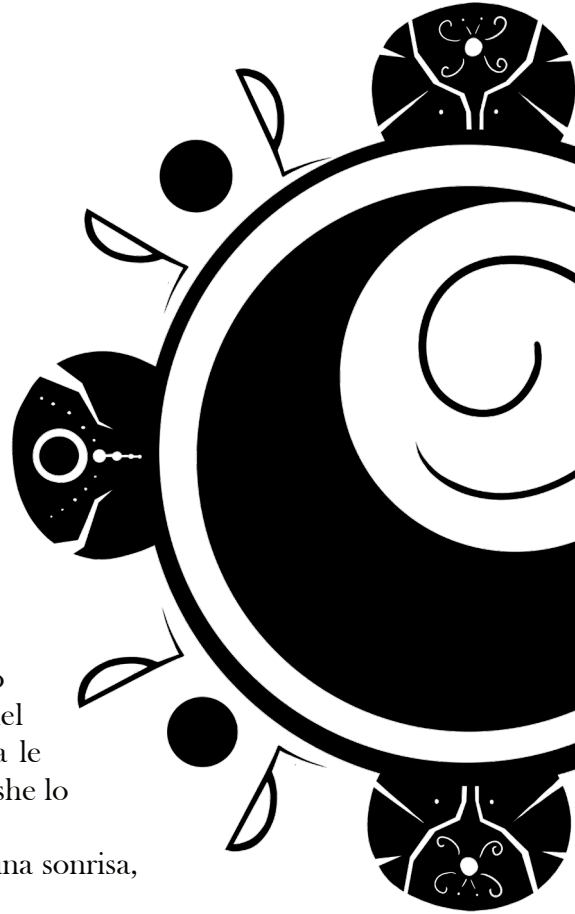
—Me han llegado noticias de Ataiba.

Nada nuevo para Danershe, pues sabía que ella mantenía comunicación constante con la Señora del Oráculo.

—Vienen por nosotras, Danershe. Nos vienen a buscar para ir a Ataiba. Danershe no entendía, tantos años y es ahora que la deseaban.

—¿Pa' qué? —preguntó arrogante como si pensar en Ataiba trajera malos recuerdos que la hacían enojar más de lo que estaba.

—Danershe, tu sabes porque. Sabes quién eres para Ataiba. ¿Recuerdas cuando te lo revelé? La noche en que jugabas en una tormenta eléctrica y me preguntaste el porqué los rayos no te afectaban.



Recordaba ese día, la tormenta le llamaba y la esencia dentro de ella le pedía que contestara el llamado. Cuando su tekina la encontró le reveló todo.

—Debes ir a donde perteneces, Danershe —continuó Blitia—. Eres una custodia y por tal debes reclamar la butaca de la Energía. Es tiempo, estás preparada. Allí serás consagrada por tus pares. Bajaré Unaroko viene por ti en un mes y debemos prepararnos para nuestra partida e informárselo a tu bibí. Será muy difícil para ella separarse de ti, pero luego envías por ella. Los custodios te permitirán traerla a Ataiba.

El nombre de Unaroko despertó en ella sentimientos que desconocía tenía dentro de su ser. Se desesperaba y su tekina continuaba hablando y ella no prestaba atención a lo que decía. El rostro del custodio vino a su mente cuando ella cerró los ojos para inhalar y tratar de relajarse. Se le calentaba la piel y se aligeraba su respiración. Era un sentimiento negativo que trataba de comérsela por dentro y la sensación era abominable. Miró al suelo, se mordía el labio inferior y sus fosas nasales se dilataban a cada respiro profundo.

—¡Danershe! —llamó su mai quien subía por la jalda. Ella la miró inmediatamente y como si nada, dejando solo el aligero respirar, la sensación se disipó.

Su mai avanzaba rápido y cuando llegó frente a ella soltó la canasta en el suelo y le abrazó fuertemente. Danershe le devolvió el abrazo deseando que no se terminara, al sentirse segura entre los brazos cálidos y amorosos de su mai. La tomó de la mano y entraron al hogar. Fueron a la cocina y sentó a Danershe para luego ir a servirle un vaso de agua que le ofreció. Danershe lo tomó y bebió el contenido por completo.

—Lo siento, debí escucharte —comentó su mai mientras se sentaba a su lado.

—No hay na' que disculpal. Ellos son responsables de sus actos, no tú —contestó a su mai para calmarla. No quería hablar de lo que ocurrió en el pueblo y menos de su partida.

—Aglaya, nos han llegado noticias de Ataiba —dijo la tekina.

Danershe cerró sus ojos y respiró profundamente, solo rogaba a Ivjua, el dios de su mai, que no volvieran los sentimientos a su ser.

—¿Qué noticias, Blita? —preguntó Aglaya.

—Ha llegado el momento que hemos hablado tantas veces. Vienen por nosotras dentro de un mes.

Su mai se quedó boquiabierta y su mirada buscaba algo por todas partes.

Finalmente, dijo:

—Tan pronto. Pensé que al avisarnos nos darían un poco de más tiempo.

—Un mes no está tan cerca como piensas.

—Un mes se va en un abril y cerral de ojos, Blita —la miró y suspirando dijo—. Sabía que llegaría, mi corazón de mai me decía que me preparara, pero pol más que uno se lo repita, que lo trabaje en su mente... No se e'tá preparado pa' e'to—. Tomó sus manos entre las de ella y le dijo—, Danershe, e' tu lugar. Allí perteneces, ellos te esperan. E' la heredad que te dejó tu baba y es una buena, debes sentirte orgullosa.

Besó tiernamente la mano de su mai y le dijo:

—No e' la hereda' que me ha deja'o mi baba, fui escogi'a. Lo único bueno que me dejó mi baba e' e'te poder que está liga'o a la sangre de su linaje —se puso en pie y se marchó a su habitación.

Danershe dormía profundamente. Un rostro masculino cobrizo de ojos como los de ella, le miraba como si la acosara desde la oscuridad. Le llamaba por su nombre una y otra vez. Se transformó en uno en pena a causa de un dolor intenso que nacía desde el fondo del alma, pero que él no podía subyugar al estar cohibido del conocimiento para hacerlo. La esencia dentro de sí le consumía y él lentamente, con agonía en todo su cuerpo, caía rendido hasta no estar más. Danershe lo sintió todo y cuando junto con él se hundía en la oscuridad, despertó.

Esa noche el cielo rugía fuertemente y se iluminaba a cada instante. Danershe se puso en pie y miró a través de la ventana. La tormenta la llamaba y ella subiendo a su ventana, contestaba su llamado. Debía olvidar la pesadilla y perderse en la tormenta le vendría bien.

Bajó por el pequeño techo al pie de su ventana y descendió por la estructura que aguantaba una enredadera. Estaba descalza y podía sentir la vibración de la tierra cuando había descarga del cielo. La lluvia caía fuerte, su ropa y su cabellera estaban empapadas. Su piel comenzaba a sentir el frío de los vientos que soplaban en su dirección. Danershe continuó su camino sin rumbo, despejando su mente y su alma. Dejaba que la lluvia la limpiara. Los rayos caían a su alrededor y ella absorbía su energía pura para purificarse y la pena se disipaba.

Sin darse cuenta, llegó al pueblo y despertó la esencia dentro de sí al recordar lo sucedido esa tarde. Con lentitud, dirigió sus pasos hacia el centro del pueblo donde el cuartel de los soldados estaba. Al estar cerca se escondió detrás de un barril. El soldado que la detuvo caminaba en dirección al cuartel

que era opuesta a la de ella.

Danershe sonrió con maldad, pero no era suya esa sonrisa. Lo sentía tomando control y ella sin poder detenerle. La ira se hizo presente y mirando al cielo, le llamó. Una línea plateada en zigzag se dibujó en el cúmulo nimbo que le servía de cuna, iluminando el cielo y todo a sus pies. El soldado se detuvo en seco y miró en esa dirección. De un movimiento horizontal a uno vertical, se movió el rayo en segundos y se depositó estruendo sobre el soldado que quedó inmóvil al toque. La luz se apagó y al suelo cayó el soldado. El pueblo quedó en tinieblas y ella horrorizada por lo que había hecho, salió corriendo.

Había solo un lugar para refugiarse y allí se dirigió. Ascendió la montaña rocosa rápidamente. La conocía desde su niñez, era su refugio cuando deseaba estar a solas. La cima era la más alta entre las colinas de Terrarys y nadie iba allí por lo peligroso que era subirla a causa de los vientos que le azotaban. Para Danershe no lo era y escaló hasta llegar a su destino. En el tope había una pequeña cueva en donde se internó. La resguardaba de la lluvia. Sobre el suelo duro se acostó y comenzó a llorar pensando en lo que hizo. No lo podía creer, pero la imagen del soldado era latente en sus pensamientos. Lloró desconsolada hasta quedarse dormida.

El rostro masculino le miraba en sus sueños y esta vez reconoció quien era. Se llamaba Tauba, su predecesor como Custodio de la Energía, quien era también su tío paterno. La agonía regresó a él y ella la sentía dentro de sí. Luchaba en contra del dolor, pero no podía. Lentamente, ella se fusionaba con Tauba hasta ser uno y al él abrir los ojos se encontró con los de Unaroko quien le entregaba sin compasión a las manos de la muerte.

## El Descenso

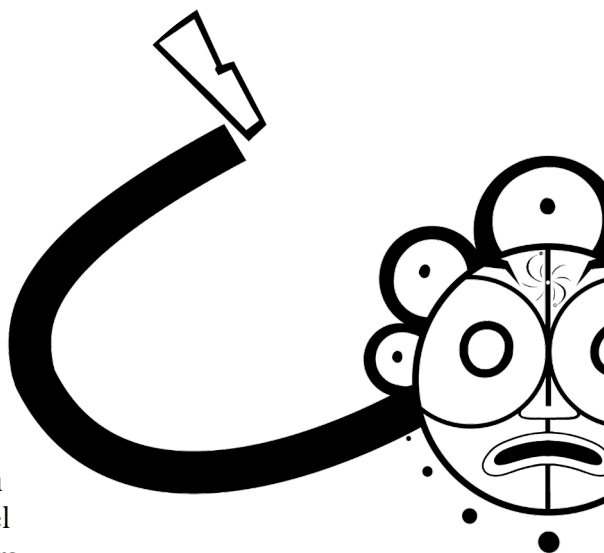
El día de su partida llegó con los primeros rayos del sol sobre la sagrada montaña. Ábrego llevaba su gran bulto a sus espaldas y miraba el camino que debía tomar para descenderla. El sacerdote se despidió de él y le acompañó hasta allí.

—El viento al parece' le favorece, mudiwa Ábrego, una rareza pa' un día como este cuando las nubes opacan rápidamente al sol de e'ta mañana.

El sacerdote tenía razón, el viento era más que una brisa suave donde estaban parados, mas se podía ver que sobre ellos las nubes se movían velozmente. Ábrego le miró y dijo:

—No es favoritismo —sabía muy bien el porqué, pero guardó silencio. No había que revelarlo y ya pasada su prueba, podía hacer uso de sus otros talentos. Con una reverencia mutua se marchó y caminó por el camino pedregoso y seco que lo llevaría a la caída de la montaña donde descendería.

Respiró profundamente, sus ojos cerrados. Sintió la esencia dentro de su ser y el viento se apaciguó. Lo sentía, eran uno con él, tal y como le había enseñado a hacer su tekina. Abrió los ojos y se dio a la tarea de asegurar sus



anclas para descender rápidamente. Se colocó su arnés y colocando sus rodillas sobre la pared vertical, manos agarradas en la cuerda, comenzó a bajar. El viento se había detenido. Logró alcanzar una plataforma donde se detuvo y recogió su soga. Encontró que en esa parte de la falda de la montaña había rocas como protuberancias que podía utilizar sin el uso de la soga.

Era su momento, nadie le observaba y estaba solo él y el viento. Su corazón palpitaba fuertemente, solo una vez lo había hecho y bajo las instrucciones del tekina. Sabía lo que tenía que hacer y solo debía concentrarse. No le sucedería nada, de eso estaba seguro.

Se paro en el borde de la plataforma, miró detenidamente el gran peldaño al que deseaba llegar y brincó hacia él. El viento le tomó como si él fuese una hoja y le llevó a su destino. Cayó sin dificultad de rodillas y con sus manos sobre el suelo. Sonrió y continuó su descenso de la misma forma un peldaño a la vez. La sensación del vacío al caer era estimulante, una de seguridad que nunca antes experimentó.

Cuando estaba cerca del punto medio, se detuvo.

Es suficiente, se dijo.

Corría el riesgo de ser descubierto y debía sacar su equipo y continuar el descenso de la manera habitual. Pronto le divisarían y el anuncio sería dado. Por dos horas adicionales, antes que el medio día llegase al reino, bajó con su soga hasta alcanzar el primer puesto de vigilancia donde le recibieron los soldados. Le invitaron a comer y beber, y le pidieron que descansara unas horas antes de continuar. Él rehusó el descanso, pero no la bebida y la comida ofrecida, sería irrespetuoso de su parte. Deseaba continuar para llegar al segundo puesto antes del anochecer y así fue. Allí descansó y salió antes del amanecer.

Para cuando la tarde del tercer día cubría a Vergeri, Ábrego alcanzó el último puesto que quedaba cerca del palacio real. El sonido de la trompeta resonó fuerte y triunfal anunciando su llegada. Se sentía orgulloso y su caminar era rápido por el sendero que llevaba a las puertas del palacio que en ese instante se abrían de par en par para permitirle entrar. Su padre emergió de ellas y le esperaba con una sonrisa y el orgullo a flor de piel. Su madre Abeni estaba a su lado, igual que su abuela paterna, Nasuria, quien le miraba con la misma arrogancia de siempre.

Su padre le dio un fuerte abrazo cuando llegó y tomó su rostro en su mano para estudiar su marca. Su ceño se frunció, Ábrego conocía la razón. En el templo, al retirar los vendajes, el sacerdote le pidió se mirara al espejo.



La marca parecía que brotaba de su piel por las sombras que utilizó que le daban la alusión de realismo. Era inusual, pero en él se demostraba la unión de dos razas. Las líneas que usualmente debían ser estructurales, reflejaban ráfagas de viento azotando a la montaña de tres picos en su frente. La montaña se transformaba por su sien en una espada en forma de puente hasta llegar a su cachete, en donde estaba dibujado un símbolo en espiral en relieve como si fuese esculpido sobre la roca.

Eze Ikgosik le miró a los ojos y asintió.

—Te has convertío en un vergerrés, mi hijo —le hizo una señal a su madre Abeni y esta se acercó para entregarle algo a su padre. Él tomó su brazo y se paró a su lado y en voz alta anunció—, E'te e' mi hijo queri'o, Ábrego, Mudiwa de Vergerri. Entró a la montaña como un niño y llega a nosotros con la marca de la adulté en su rostro. Vergerri ha ganao otro hijo que la defenderá de sus enemigos y la amará incondicionalmente —alzó el anillo que Abeni le entregó y lo presentó a los presentes—. Con este anillo, que ha pasao de un mudiwa a otro en su día de regreso por los ezes pasaos, así como hizo mi pai conmigo, hago con él. Te nombró mi heredero y Vergerri será tuya cuando mi existencia mortal llegue a su fin. Nacimos de la montaña y ni el viento nos doblega.

Los presentes repitieron sus palabras a viva voz, recitando el lema del reino. Entonces, colocó en el dedo corazón de la mano izquierda de Ábrego, el anillo de oro con un diamante en forma de la montaña sagrada. Sonrió y le dio otro fuerte abrazo, su madre Abeni hizo lo mismo expresándole lo orgullosa que estaba de él. Su hermana menor, Lesed'i, se acercó, él la cargó y ella con ojos juguetones del mismo color que los suyos, le preguntó luego de darle un beso:

—¿Me trajiste lo que te pedí?

Una media sonrisa se dibujó en su rostro e introduciendo su mano en el bolsillo de su pantalón, sacó una pequeña roca negra que le entregó. Ella sonrió emocionada y él le dijo:

—Debes guardarla bien y cuando llegue tu turno de escalarla, me debes traer una.

—¿La encontraste donde te indiqué?

—Justo al lao de las puertas del templo.

—¿Sabes por qué son lisas en comparación con todas las demás de la montaña? —le preguntó en su voz juvenil.

—Porque son constantemente limpiás con agua sagrada de la montaña.

—Me alegro que te hayas acordao —ella miró su tatuaje con curiosidad—. ¿Dolió? —preguntó mientras lo acariciaba.

—No mucho. El sacerdote me dijo que fui muy valiente, hasta más valiente que nuestro pai —ambos rieron.

—Yo lo seré más que tú.

—Estoy seguro de eso —besó su frente y al hacerlo se dio cuenta que su abuela paterna le miraba con seriedad. Él hizo una reverencia y se acercó a ella. Era una vergerrés alta, de físico prepotente y robusto, la mitad de su cara estaba tatuada y con decoraciones en metal, de carácter severo y rara vez amoroso.

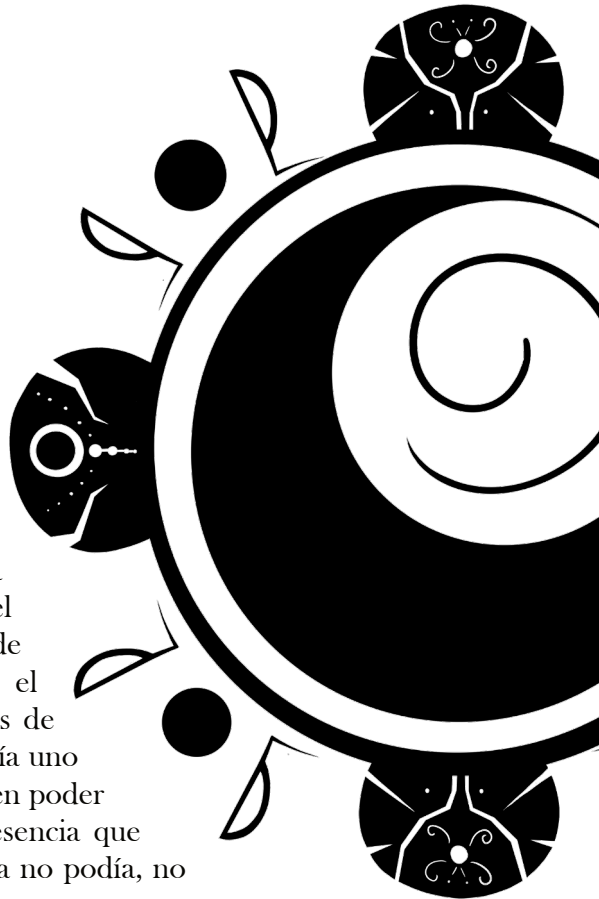
—Felicidades —dijo con sequedad como si su triunfo le disturbara. Le besó la mejilla y acarició su tatuaje—. Peculiar la elección del sacerdote. Escogió muchos símbolos hūaku, pero él sabe lo que esconde el alma y lo plantea en la marca. Eres un vergerrés que nunca se te olvide, Ábrego —lo dijo como para hacerle una advertencia y se marchó. Él notó en la mirada de los presentes de alto rango la desaprobación, pero de igual manera le felicitaron con disimulada alegría.

## La Pesadilla

El dolor en su cabeza era intenso, turbaba sus pensamientos. Luchaba con la esencia dentro de su ser por el control de su cuerpo. Las memorias de la esencia le hacían experimentar el sufrimiento de los últimos momentos de Tauba. El deseo por despertar se hacía uno distante, sus fuerzas se concentraban en poder tener un balance en su ser con la esencia que convivía con ella. Por más que trataba no podía, no tenía el conocimiento para hacerlo.

El rostro del sabio se dibujó en su mente. La cólera de Tauba ardía como las llamas de una fogata. Trataba con su cuerpo, que se sentía como una prisión, atacar al sabio, pero este no respondía. La mente estaba nublada, desconectada del entendimiento, paralizada ante las reacciones. Una fuerza enérgica alimentada por la cólera se expandía descontrolada por el entorno interior del cuerpo. Danershe sintió como esa energía se escapaba desde adentro rompiendo lo que a su paso encontraba. Tauba gritó fuertemente y la energía se escapó. A la falta de un cuerpo que le custodie, regresó al sagrario a dormir y la paz sucumbió la cólera.

Danershe abrió sus ojos, respiraba fuertemente. Estaba sudada y sintió



tristeza y lloró desconsolada ante la revelación de cómo murió Tauba. Pensaba en esa horrible muerte, la veía y la experimentaba cada vez que cerraba sus ojos. Se preguntaba si ese sería su final. Tal vez, esa era la razón por la cual la Señora no había revelado su localidad y no le permitía regresar a Ataiba.

Unaroko, su perito, era su enemigo. De eso Danershe no tenía duda alguna. Es el único rostro que veía en sus sueños, el único que su esencia le revelaba. Estos no vinieron a ella hasta que su tekina mencionó que él venía por ella. Pero, ¿por qué la Señora se atrevería a enviarle a sabiendas que él fue el causante de la muerte de Tauba? ¿La ponía en peligro o le daba una prueba?

Fuese lo que fuese, ella solo estaba segura de una cosa: debía, a toda costa, atacar primero y nunca bajar su guardia. La esencia dentro de su ser lo confirmaba con el aumento de energía que sentía.

Las noches siguientes fueron de esa misma manera y cada mañana se sentía más agobiada y ansiosa. El malhumor le acompañaba y no deseaba que le hablaran, que estuviesen a su lado. Inexplicablemente, todo cultivo que sembraba amanecía muerto y debía arrancarlo y volver a sembrar. En balde, así que desistió y su madre se encargó de la cosecha y Danershe se encargó de las cenas.

Dos semanas antes de que llegaran por ella, tuvo nuevamente el sueño y experimentó las sensaciones con mayor intensidad. El despertar fue diferente. Sentía como si su enemigo estuviese cerca de ella y eso la puso muy nerviosa. Durante la mañana, Blitia, su tekina, se acercó al darse cuenta de su estado de ánimo.

—Le siento cerca y e' má' poderoso que yo —contestó Danershe.

—¿De quién hablas? —preguntó Blitia.

Danershe le miró seriamente:

—De ese que viene pol nosotras —le observó con duda como si no pudiese confiar en ella, y le preguntó—. Tú, ¿sabes a qué viene? ¿Cuáles son sus intenciones pa' conmigo?

Confundida, respondió:

—Viene para consagrar su elemento en ti.

Danershe mantuvo silencio y miró a otra parte pensativa.

—No, él nunca volvería hacer eso. Menos a un Custodio de la Energía —encolerizada tornó su rostro hacia ella—. Tú sabes cuáles son sus verdaderas intenciones. Te ordeno que me las digas —tomó su mano fuertemente y la

energía de un cuerpo pasaba al otro. Blitia trató de soltarse del agarre, pero fue en vano. Danershe sentía como su tekina se debilitaba.

—Danershe, detente —dijo suavemente y jadeando.

—Dime, sé que me ocultas algo.

Sin casi poder, respondió:

—Nada, nunca te he ocultado nada, Bajari.

Mantuvo el contacto hasta que el rostro de Blitia comenzó a tornarse pálido y sus ojos se dilataban. Danershe la soltó espantada, ella cayó casi inconsciente al suelo con la boca abierta por donde buscaba un aliento de aire. Danershe cubrió sus labios con sus manos y quería disculparse, pero huyó de allí. Corrió tan rápido como pudo y ascendió al lugar de su refugio donde permaneció en la soledad de sus penas por días.

En ese lugar estudió con paciencia sus actos hacia su tekina, dándose cuenta de lo que estuvo a punto de hacer. Si no controlaba la esencia dentro de sí, podía traer grandes repercusiones en otros como ocurrió con Blitia que casi le quita la vida.

—Y como ocurrió con el soldado —dijo en voz alta al acordarse del que trató de humillarle.

Se acostó boca abajo sobre la grisácea roca de la montaña. Respiró varias veces profundamente y repetía en su mente el nombre de Yokajú. La esencia no se lo permitía. Trató por varios minutos, pero era imposible. Así que se arrodilló, su espalda erguida, sus ojos cerrados, sus manos con las palmas hacia arriba y respiraba suavemente. De esta manera comenzó a orar en forma de cántico como había hecho con su tekina.

—Eres la roca que el viento no derriba, eres la tempestad que azota la montaña, eres la paz que carga la brisa cálida. Sé mi roca, sé mi fuerza, sé mi paz. ¡Sosiégame y a la esencia en mí! Aclamo a ti que me has escogido pa' que mi cuerpo sea templo de la esencia divina. Únenos que nos dividimos, enlaza los cabos sueltos, rompe las diferencias. Ven que te necesito, mi roca, mi fuerza, mi paz. Porque si a mí no vienes, su ira consumirá a los débiles, al contrario, al que amo —se sentó sobre sus pies, en silencio y pensativa.

Lastimé a un sel, y estuve a punto de termina' la existencia de alguien a quien amo. Quiero esta' en armonía con mi esencia, pero no puedo. E' más fuerte que yo y se siente amenazado. Su temol y su ira nutren su poder, y yo que fui escogida pa' sel su custodia, pa' así guardarle y protegerle, no lo puedo hacer. Soy débil ante su divinidad, yo simple mortal.

Llevó sus dedos a su ojo derecho y comenzó a halar sus pestañas con

fuerza. Dolía el hacerlo, pero el dolor calmaba su ansiedad. No era la primera vez que lo hacía, su madre se enojaba con ella cuando se daba cuenta de lo que hacía. Ella nunca entendería por lo que pasaba y por qué lo hacía. Era una sensación que la relajaba, que desviaba el enojo y las frustraciones que sentía en momentos fuertes. Lograba lo que muchas veces la oración no hacía.

Cuando no quedaban más pestañas para arrancar y la ansiedad sesó un poco, se acostó y se quedó dormida. La pesadilla esa noche no volvió, pero de todas formas se levantó aun ansiosa al recordar la violencia que infirió en su tekina. Debía rectificar lo que hizo y descendió la montaña.

Su tekina la esperaba en la falda de la montaña, estaba sentada al lado de una fogata donde preparaba comida. Se preguntaba si de casualidad le dio con esperarla ese día o si estuvo allí desde que se fue.

La tekina al verla sonrió. Danershe se acercó avergonzada, lágrimas comenzaron a bajar por sus mejillas. Blitia la tomó por el rostro delicadamente y secó sus lágrimas.

—Otra vez —dijo al darse cuenta de que le faltaban sus pestañas—. Ven debes tener hambre. Siéntate, te serviré de comer.

—Tekina.

Ella alzó la mano y dijo:

—No te preocupes, Danershe, pero debes controlarte. No puedes permitir que la esencia divina tome control de ti. Olvidemos lo ocurrido, tenemos mucho por hacer antes de que llegue bajari Unaroko. Por tal, nos quedaremos aquí varios días para meditar y hacer ejercicios mentales para ayudarte a controlar tu temperamento.

—¿Cuándo llega Unaroko? —preguntó Danershe.

—En siete días.

Danershe bajó su rostro, sentía la que cólera comenzaba arder dentro de su ser. Cerró sus ojos y en su mente se dibujó el rostro en pena de Tauba. Los sentimientos nublaban sus pensamientos nuevamente.

—Fue él quien le hizo daño a Tauba. Fue él quien puso fin a su vida.

—¿Bajari Unaroko? —preguntó Blitia sorprendida.

Danershe asintió, deseaba contestaciones a sus interrogantes del porqué se sentía de esa manera cada vez que pensaba en el custodio. De los sentimientos que nacían en ella. La tekina se sentó frente a ella y le miró fijamente a los ojos.

—Bajari Unaroko hizo su deber y debes comprender eso —lo dijo con

seriedad—. La conversación de lo que ocurrió la noche de la muerte de Tauba es una que debes tener con bajari Unaroko. No es mi lugar decirte lo que ocurrió cuando no estuve allí para presenciarlo. Como custodia tendrás que tomar decisiones difíciles por el bienestar de esos a los que estás llamada a proteger. No debes juzgar a bajari Unaroko por los recuerdos del pasado que llegan a ti a través de la esencia de la energía que guarda en ella las vivencias pasadas. Debes darte la oportunidad de llegar a tus propias conclusiones cuando le conozcas. Te darás cuenta de eso cuando estés frente a él. Confía en bajari Unaroko, él te enseñará lo que yo no he podido hacer.

—¿Cómo puedo confiar en alguien por quien siento solo resentimiento? La esencia en mí es parte de mí sel, sus sentimientos son míos. Estamos unidos por siempre y lo que él siente yo lo siento.

—Los recuerdos son cosas del pasado y no deben influenciar esta existencia que ahora vive la esencia de la energía a través de ti —tomó sus manos en las suyas—. En vez de concentrarte en sentimientos negativos, busca los positivos. Obliga a la esencia a enseñarte quién era bajari Tauba antes de su caída. Él era un ser muy diferente, inspirador, astuto y sobretodo energético.

—¿Le conociste? —preguntó Danershe curiosa de saber de su antecesor.

Blitia asintió, una media sonrisa pintaba su rostro cobrizo. Sus ojos verde cobre daban a conocer que era de su mismo uraheke, el Yukibu, a ese al que se le fue encargado la esencia de la energía eternamente. Su tekina y ella estaban relacionadas, pero no como ella y Tauba, él era el hermano mayor de su padre a quien nunca conoció y de quién ni tan siquiera su madre deseaba hablar.

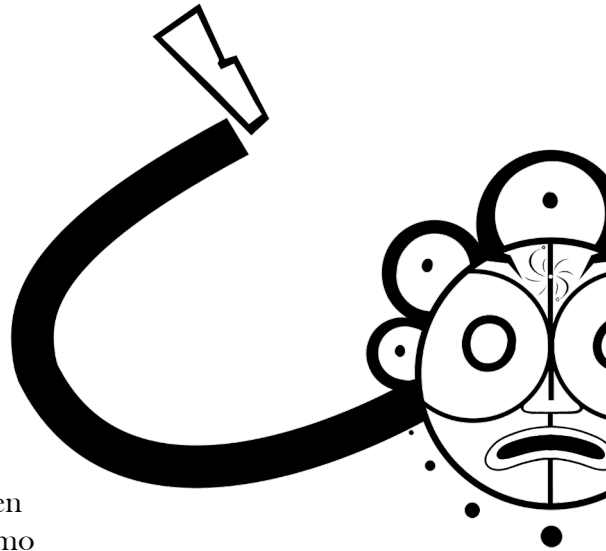
—A Tauba le conocí al entrar a la escuela de los Tekinas de la Energía, solo por un instante cuando nos dio la bienvenida. Como sabes solo los de nuestro uraheke pueden ser parte. Nunca le conocí de manera personal. Solo sé de él lo que otros me contaban, de lo que mis propios tekinas decían. Las últimas décadas de su existencia las pasó al lado de nuestro esike Huyán, fue su consejero y su mano derecha —mantuvo silencio como si sus palabras se negaran en formarse. Continuó—. Su historia no me pertenece. Lo que sé, es que un suceso le cambió en alguien completamente diferente —se puso en pie—. Meditemos y hagamos oración para apaciguar el espíritu.

Danershe se puso en pie y siguió a su tekina en silencio. Se preguntaba qué fue lo que hizo cambiar a Tauba. Quizás en la meditación encontraría su respuesta y pudiese de alguna manera comprender los sentimientos de odio

que nacían en ella. Si la esencia traía los recuerdos de un pasado tormentoso, le daría los buenos, los de conocimiento, los de un ser que no conoció, pero estaba latente en ella.



## Descontrol



Esa noche hubo una gran fiesta en su honor, un gran baile estruendo como era la tradición. Todos bailaban, bebían y hablaban a viva voz, sin embargo a Ábrego no le incluían. Su primo Belior, el favorito de su abuela Nasuria, en su fiesta fue el centro de atención de todos. Pasaba de mesa en mesa y todos deseaban su compañía; no era así con él quien se mantenía en la mesa de honor. Nadie se acercaba, solo lo hizo su primo que estuvo un rato conversando con él y luego se marchó a bailar.

Se puso en pie y caminó al balcón, allí se encontró con Urayoán, el único que era como él: un mestizo. Se acercó y dijo:

—M'abuika.

Urayoán le miró de reojo, pero no le devolvió el saludo. Ábrego, entonces, dijo:

—Escuché que regresan a Ataiba mañana. Nunca he visitao mi tierra materna, mi pai no me lo ha permitido. ¿La has visitao anteriormente?

Luego de un largo silencio, Urayoán dijo:

—Antes, pero es algo que nunca olvidas —su voz era distinta como la de un adulto.

Ábrego no entendió lo que quiso decir con antes. Es tan sencillo con

decir sí he ido o no. Desde que llegó a Vergerri, Urayoán se mantuvo aislado. Se pasaba en sus aposentos o a solas y si alguien se le acercaba para conversar con él, se marchaba descortésmente. No comprendía su actitud prepotente hacia los demás. Como si estuviese por encima de todos, era lo que su mirada expresaba cada vez que le veía. Quizás su actitud se debía a la delicada relación entre el reino de Vergerri y la nación de Ataiba. Tal vez, él no estaba de acuerdo con el tratado de paz entre ambas. De todos, él debía comprender la situación al ser descendiente valloscán y el significado importante de una unión como la que ellos representaban.

—He escuchao que el ritual a la adulez de los valloscanes consiste en viajal al árbol ancestral y escoge' una raíz o una semilla. Que debe germinar y si lo hace, e' porque el árbol lo ha encontrao digno de la estirpe. Se escucha más sencilla que la nuestra y menos dolorosa —dijo para entablar una conversación amena con ese que algún día, igual que él, sería el líder de su nación.

Urayoán se tornó hacia él, y dijo:

—No, esa no es importante. La que pasaste en la montaña, tampoco. Tu sangre está diluida con una menor y aún no eres nadie. Es el ritual hüaku el que te debe importar, el que te hará un adulto y el que dictaminará tu verdadera raza. Lo único que te salva es la hüaku, a esa le debes toda tu fidelidad y no ha esta —su mirada era de odio y lo expresaba en su forma de hablar—. Espero que cuando venga por ti, sepas quién eres y a quién le debes tu lealtad. Mas por la marca que tan orgulloso llevas en el rostro, veo que ya hiciste tu elección.

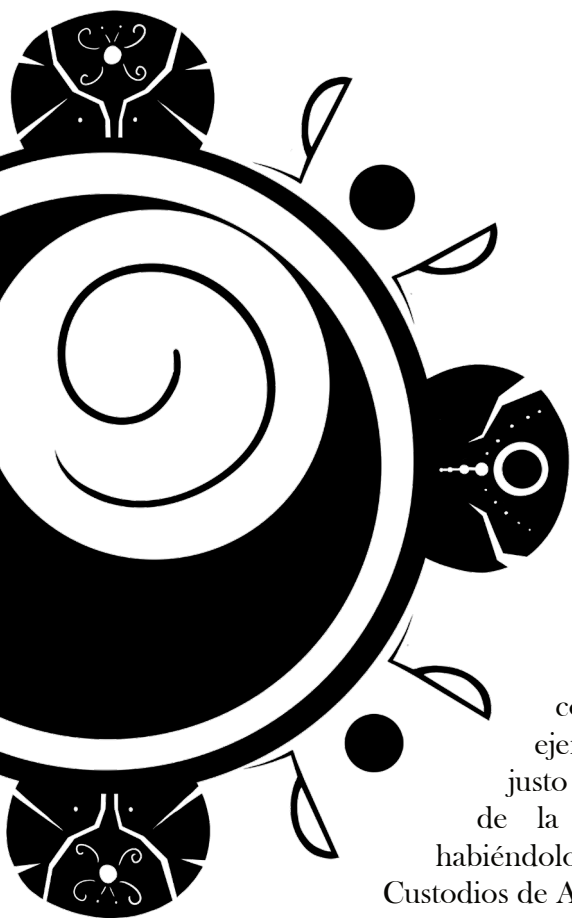
De inmediato se marchó no sin antes mirarle con repudio. Ábrego no le contestó, ni deseo irse detrás de él para defenderse como haría un vergerrés. Se mantuvo allí en la soledad con el tumulto de la música en el trasfondo. Sus puños cerrados con gran fuerza, el viento comenzaba a soplar fuerte. En su mente corría la idea de que no era deseado por ninguna de las dos razas de las que provenía, las que lo hacían ser quien era.

Miró enojado en dirección a la fiesta.

¡Hipócritas!, dijo.

Había que ponerle fin a esa falsa que se desenvolvía frente a él. En ese momento sintió la presencia y sus energías aumentar. El viento se fortaleció y las ráfagas hicieron su entrada por las grandes puertas del balcón y soplaron sobre todos con fuerza. Las mesas y sus contenidos se volcaron al suelo y los invitados trataban de buscar refugio.

Una figura femenina caminó hacia él con seguridad, el viento soplaba alrededor de ella sin tocarle. La itiba de Ataiba le miraba dulcemente y en su mirada él se perdió y sin que nadie se diera cuenta del porqué de lo sucedido, el viento se apaciguó y Ábrego se marchó con la itiba.



## Unión de los Elementos

El aire está frío, una tormenta se avecina, se dijo Danershe.

Eran, según Unaroko, las condiciones perfectas para realizar el ejercicio. Estaban a las afueras del palacio, justo a varias leguas de la entrada del Camino de la Marca que Ábrego conocía bien habiéndolo cruzado meses atrás. Solo ellos tres, los Custodios de Ataiba por si algo salía mal.

Se encontraban allí donde las ráfagas de viento parecían que fueran a soplarles del lugar rocoso donde se detuvieron. Ábrego, quien de vez en cuando le miraba serio directamente a los ojos como si deseara algo, intentaría con su ayuda hacer un tornado. En las pasadas semanas practicaron varias veces creando pequeños. La última vez intentaron uno de tamaño mediano, sin embargo subestimaron su poderío y al principio se hizo difícil controlarlo. Unaroko le dio el entendimiento a Ábrego para tener el conocimiento que necesitaba para volver a tener el control.

—Debes confiar en ti —le dijo—, en lo que puedes realizar. Si le das paso a la duda, permites que esta nuble tu entendimiento y no habrá armonía entre el elemento y su custodio. Tienes el entendimiento para hacerlo, confía

y siente.

Danershe estuvo presente en esos momentos para darle un toque de energía cuando fuera necesario, pero ese día debía trabajar junto a él. Sentir su energía fluir en su cuerpo y aumentarla, darle fuerza a la creación y hacerla devastadora. Al mismo tiempo que debía mantener a los custodios y a ella fuera de peligro.

Una vez el tornado estuviese creado y bajo control, ella debía detenerlo. Unaroko le explicó que el ejercicio le ayudaría a conocer de lo que podía ser capaz y del poder que dentro de ella vivía a través de la esencia divina.

Un negruzco y denso cúmulo nimbo se extendía por todo el cielo. Los vientos que por él fluían no eran cálidos, y Ábrego los necesitaba. Unaroko le pidió se concentrara y les buscara a los pies de la falda de la montaña.

—Haz que lleguen aquí.

—Se enfriarán al ascender, Unaroko —le dijo Ábrego.

—Danershe se encargará de eso.

Ella le miró confusa. Él preguntó:

—¿Cómo se produce el calor, Danershe?

Danershe dijo con certeza:

—Pol la vibración de las moléculas. Energía térmica.

—Bien, comencemos —dijo Unaroko.

Con un suspiro lento, Ábrego caminó hacia el borde de la montaña y miró al abismo que se expandía a los pies de la falda rocosa. Danershe se paró a su lado y le observaba. Él cerró sus ojos y ella sintió la energía de su esencia divina fluir desde el fondo de su ser. Era sutil como una brisa suave, cálida como los abrazos de su madre.

Danershe tornó su mirada en dirección hacia donde la energía descendía rápida y en ella se internó. La suave vibración de las moléculas que componían el aire le relajaron y ella cerró sus ojos tras un largo suspiro que llenó por completo sus pulmones. Se dejó llevar por las corrientes mientras planeaba en el viento de Ábrego. La velocidad aumentaba, sus músculos se soltaban y ella se dejaba ir como un hoja sobre la brisa. No sentía más el piso a sus pies, sino como si su cuerpo fuese parte del aire que le rodeaba.

—Concéntrate, Danershe, y busca junto a él —le dijo Unaroko al oído.

Danershe respiró profundamente. Volvió a sentir el suelo a sus pies y cómo la presencia de Ábrego se fusionada con la suya en el viento que

cargaba sus esencias divinas y estaba cerca del valle a los pies de la montaña. Allí la vibración de las moléculas del viento aumentaba y se tornaba lentamente de frío a cálido. Danershe se concentró en esa vibración.

Subió un poco su mano izquierda y comenzó a mover rápidamente los dedos de su mano, pero pensando en el movimiento molecular que aumentaba mientras más movía sus dedos. Su mano en segundos comenzó a vibrar con suma rapidez. El calor se acrecentaba y ella lo sentía dentro de su ser. Ábrego también, y enseguida hizo al viento ascender por las laderas de la montaña rápidamente, mientras Danershe les mantenía vibrando para no perder el calor.

Al llegar a él les dividió en dos y le hizo moverse en forma circular una frente a la otra dejando un espacio grande entre ellas. Los vientos que el cúmulo nimbo cargaba estaban justo sobre los cálidos y húmedos. Los hizo moverse de forma circular y luego les hizo descender en espiral para hacer un remolino que se alargaba hacia el suelo y su cono se hacía más delgado.

Danershe visualizaba dentro de su ser el movimiento del viento, sentía la fuerza con la que giraban y se fortalecían a cada segundo. Era un poder que nunca había sentido. Las ráfagas de viento que viajaban a su alrededor eran tan duras como las rocas de la montaña. Danershe, entonces, buscó la presencia de Unaroko y extendiendo su mano derecha le ancló en el lugar donde estaba parado haciendo que la fuerza de gravedad a sus pies le halara, pero que no le afectara su cuerpo.

A Ábrego no le afectaban las ráfagas, era como si no le tocaran. Sin embargo, Danershe sentía algo extraño en él. Se dejaba seducir por el poderío que sentía de su creación. Por tal, abrió sus ojos y vio a Ábrego que se elevaba en el aire y comenzaba a girar alrededor del tornado.

Esto no es lo que nos pidieron, pensó asustada.

Miró a Unaroko y se dio cuenta que este trataba de llamar a Ábrego quien giraba con más rapidez. Danershe detuvo la vibración de su mano izquierda y comenzó a caminar hacia el tornado sin dejar de sostener a Unaroko. Mientras más se acercaba las ráfagas de viento aumentaban y la trataban de succionar. Se le hacía difícil el respirar. Su cabellera se soltó y le azotaba el rostro dificultando su visión.

Cerró nuevamente sus ojos y sintió toda la energía a su alrededor. Buscaba la de Ábrego entre las del tornado, sin dejar de sentir las de Unaroko y manteniéndose firme en el suelo mientras continuaba su lento avanzar en contra de las ráfagas. Era extenuante y la energía de Ábrego se

confundía con la del tornado como si se fusionaran ambos. Danershe no lo podía permitir, pues sabía que Ábrego se dejó seducir por el poder que experimentaba. Ella conocía esa seducción y sus consecuencias. Debía detenerlo.

Colocó su mano izquierda sobre su pecho.

—Alto.

Todo a su alrededor se detuvo, nada se movía. El caos de unos segundos atrás terminó. Todo era inerte, pero a la vez comenzaban a perder sus fuerzas lentamente. Danershe miró a Unaroko y sentía que se debilitaba a la falta de respiración y pompeo de su corazón, pero debía sufrir por unos instantes. Le soltó y tornó su mirada hacia el tornado. Hizo sus moléculas vibrar para caminar hacia el cono del tornado. Dentro de él divisó a Ábrego justo en el centro que parecía comenzaba a desintegrarse. Si le movía podía hacerle daño, así que hizo que la energía la hiciera levitar y llegar a él.

Le llamó, pero él no contestó. Colocó su mano derecha sobre su mejilla y dijo a su oído:

—¡Ábrego! ¡Ábrego! Vuelve a mí —Danershe, entonces, dejó que solo lo que le rodeaba a unas pocas pulgadas tuviese movimiento.

Ábrego abrió sus ojos:

—Danershe.

Ella sonrió y le abrazó. En ese mismo instante, las ráfagas de viento perdieron su fuerza y el tornado comenzó a desintegrarse. Mientras esto ocurría, Danershe y Ábrego descendían al suelo.

—Gracias —le dijo él mirándole con ternura directamente a los ojos y acariciando su mejilla.

El calor besó las mejillas de Danershe como respuesta a la caricia de Ábrego. Ruborizada bajó su mirada para disminuir los latidos de su corazón. Divisó a un Unaroko tendido en el suelo luchando por normalizar su respiración. Ella, seguida de cerca por Ábrego, se acercó al sabio que estaba sentado sobre sus talones.

Los labios morados de Unaroko recobraban su color con cada inhalación, así como su tez. Con lentitud sus fuerzas regresaban. Danershe tocó su mano y dejó fluir de su energía al cuerpo de Unaroko para acelerar la recuperación.

Él la miró en agradecimiento y le pidió a Ábrego que le ayudara a ponerse en pie.

—Danershe, has hecho bien hoy —dijo Unaroko con una sonrisa.

—Le pudo costó la vida, Unaroko —comentó ella un poco preocupada.

—De vez en cuando hay que realizar sacrificios por el bienestar de otros —hizo una pausa y miró a Ábrego—. La esencia divina que es parte intrínseca de nuestro ser, en las primeras décadas de nuestro caminar por esta existencia, lucha en nuestra contra para tomar control. Al sentir poder como ese que tiene un tornado, trata de apoderarse de él para salir a la creación y buscar su divinidad existencial. Por tal, lentamente te estabas fusionando con el tornado, Ábrego. Fuimos creados para llevar esas esencias divinas dentro de nuestro ser y que ellas sean parte de nosotros de la manera en que fuimos traídos a esta existencia mortal. Nuestros cuerpos no tienen materia divina alguna, por lo tanto no son eternos y tienen un principio y un fin. Estas esencias en el pasado, antes que Atabeyra cediera su divinidad y por tal los otros seres divinos, eran eternos y tenían libre albedrío. Ahora están atados a una existencia que depende de ese al que deben ceder su poder divino para mantener el balance de lo creado.

Danershe, confusa preguntó:

—¿Pol qué buscan salí' a la creación si no hay cuerpo divino que puedan poseer? ¿No sería marcá' su fin de esa manera y el fin de ese que le contiene?

Unaroko bajó su mirada y mantuvo silencio por unos instantes. Danershe sintió un cambio en su energía física y emocional, como ese que se siente ante el temor.

—A ustedes no les puedo ocultar la verdad que al resto de nuestra nación y las otras se les ha ocultado. Existen cuatro divinidades que dormitan eternamente en este plano terrenal y esos son los cuerpos que nuestras esencias perciben y, por tal, desean poseer para regresar a su existencia natural. Ellos son los Cuatrillizos Divinos y son los que realmente debemos proteger, pero con el pasar del tiempo hemos olvidado la localización de los otros tres. Solo conocemos esa de aquel que duerme en Ataiba que fue revelada a nosotros por el Gran Tekina —hizo una pausa—. Sin embargo, no hay que temer. Nadie conoce de su existencia, solo los custodios.

—¿Nuestro propósito en e'ta existencia no e' mantené el balance de la creación? —preguntó Danershe aún confundida.

Unaroko respiró profundamente y dijo:

—Los hüaku tenían este propósito antes de la Etapa de la Desolación. Fueron nuestros antepasados quienes aseguraron las cuevas donde dormitan

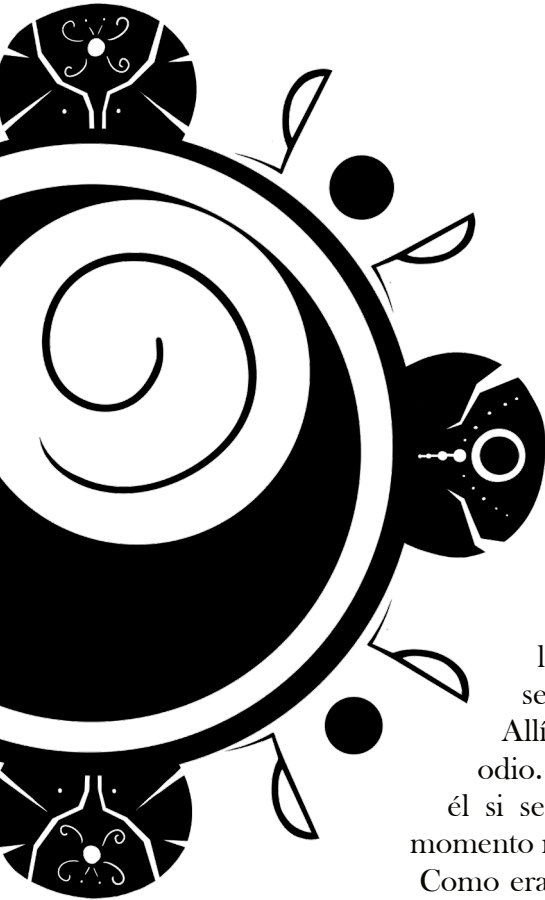


los Cuatrillizos Divinos. Nos desviamos, Danershe, y en la Desolación olvidamos para enmendar los lazos con Yokajú.

Ábrego, entonces dijo:

—La creación de los kahali marcó el inicio de esa etapa y el de la guerra con ellos.

Danershe conocía ambas historias, su tekina se encargó de que la conociera con lujo de detalle. Una historia de amor y soberbia que llevó a los hüaku al destierro y, por ende, a ganarse el odio de su creación.



## La Fuga

Ese día conocieron sus fuerzas y sus debilidades. Tenían mucho por aprender y Danershe deseaba hacerlo, pero fuera de Vergerri. Anhelaba conocer la nación a la que pertenecía y en donde sería tratada con respeto y no con repudio. Allí donde las miradas hacia ella no serían de odio. Güeybán le prometió que se la llevaría con él si se iba antes que Unaroko, mas hasta ese momento no le había mencionado nada al respecto.

Como era ya la costumbre de las pasadas semanas, Danershe se dirigió al antiguo palacio que día y noche estaba siendo arreglado. Vergerresés iban y venían constantemente y le era difícil pasar por desapercibida. Era el momento perfecto para practicar lo enseñado por Unaroko sobre la energía cinética en ella. Él le indicó que era una técnica a la que no debía adentrarse de lleno por las consecuencias que podía tener en ella. Era una que solo podía dominar en conjunto con Amienke, la Custodia del Tiempo.

Practicarla la dejaba siempre con apetito. De esto se dio cuenta la primera vez que lo hizo. Emocionada por la rapidez de llegar de un lugar a otro en cuestión de segundos, ignoró la advertencia de Unaroko sobre las

señales de su cuerpo y se desmayó. Por tal, debía comer bien para mantener sus células con un buen almacenamiento de energía que, en caso de emergencia, pudiese utilizar para moverse con rapidez.

Llevaba en una bolsa de tela una pomarrosa, queso de cabra y un pedazo de pan sobao para consumir cuando llegase a su destino. Cerca de los pasillos principales que daban al antiguo palacio, respiró profundamente y dejó vibrar todo su cuerpo. Era cuestión de acostumbrarse a la velocidad que se convertía en una adicción. La sensación de vacío, de la lucha contra la resistencia no solo del aire sino también de la gravedad que la alaba, le intoxicaban. Los músculos duelen al principio y luego se vuelven sumisos al dolor que anhelan tener. Ya el tramo que tomaba para llegar a su destino no le causaba dolor, su cuerpo ya estaba acostumbrado y realizarlo era fácil.

De escondite a escondite pasó dejando a su paso un túnel de viento que parecía más una brisa para esos por los que a su lado pasaba. Nadie nunca se daba cuenta de su presencia. Al llegar a las escaleras que daban al ala este del antiguo palacio, se detuvo. Las escaleras le daban dificultad, la ascensión tomaban más energía que una dirección recta.

Respiró varias veces para oxigenar su cuerpo y subió rápido. En el tope de las escaleras se detuvo y colocó su mano sobre la pared húmeda. En esa parte del antiguo palacio los arreglos no habían comenzado y todo a su alrededor estaba húmedo y sucio. Comenzaba a sentir los efectos de la baja de energía, y, ya que no la descubrirían, caminó hacia su destino.

Sacó de la bolsa de tela la pomarrosa y la comió. Era jugosa y a la vez seca al paladar. Abrió la puerta frente a ella, la cerró con sumo cuidado para no hacer ruidos innecesarios y se dirigió al balcón. Allí apoyado de la fría piedra con la mirada puesta sobre las luces de la ciudad capital que se desparramaba en la montaña, le esperaba Ábrego. La mochila que había preparado días atrás estaba cerca de la puerta del balcón, a su lado estaba la de Ábrego. Danershe sonrió ante la noción de que era una realidad lo que hacían.

Se acercó y se apoyó en la baranda. Comió lo último que quedaba de la fruta, iba a dejar caer la semilla al vacío, pero sintió la energía vital que en ella habitaba. Cerró su puño y la absorbió, un puñado de polvo quedó en su lugar. Abrió su mano y la brisa se llevó su contenido. Miró a Ábrego que se mantenía en silencio.

¿En qué pensará? ¿E'tará teniendo dudas?

No deseaba preguntarle por si las interrogantes estaban presentes en su

mente y por si ya tenían una respuesta opuesta a la que ella deseaba.

—Algún día to' eso será mi responsabilidad' —dijo nostálgico.

Lo que desde allí se observaba era diminuto comparado con la grandeza del reino que se desparramaba hasta las costas desde las cimas de las montañas. El pensamiento era de cierta manera aterrador. Un solo ser encargado de cientos de miles de seres. Ese era el futuro que le esperaba, al que había nacido. A esa multitud de seres se les sumaban los de Ataiba, para los que era un custodio. Era una existencia conflictiva.

—Mientras tenga la oportunidad' debo hacel lo que mi corazón me dicta antes que me vea en la obligación de obedecé a la razón.

Se acercó a ella agarró su rostro con ambas manos y la besó y ella le correspondió. Al separarse le dijo:

—Vamo' antes de que se haga tarde.

Danershe asintió tomó sus pertenencias y le siguió a la puerta secreta que les llevaría a las afueras del antiguo palacio. Luego llegarían a la estación del tren que abordarían para regresar al valle que la vio nacer y poder visitar a su madre a quien extrañaba.

El pasillo oscuro que alumbraban con linternas era angosto y debían atravesarlo uno detrás del otro. Este, que en una ocasión anterior habían explorado, le llevaba a los niveles que quedaban a la mitad de la montaña que constituía el palacio real. Cargaba en su atmósfera el olor pesado a humedad que dificultaba la respiración. Por tal, Ábrego hizo antes de entrar que el viento se introdujera y limpiara el aire del pasillo.

Pasaron muchas puertas de piedra y otras de metal de diversos colores. Llegaron a una dorada sencilla como las demás. Ábrego sacó de su bolsillo la llave que había, según él, tomado prestada del despacho de su padre, y abrió la puerta y la empujó. Esta hizo un sonido suave casi como el de un susurro. Entraron a la abandonada habitación que sirvió centenarios atrás como dormitorio de los antiguos príncipes de Verggerri. Al Danershe entrar, la cerró con seguro. La cortina que la escondía en el pasado yacía en hilachos sobre el suelo. Ábrego tomó su mano y la condujo al balcón. Este sobre miraba el área este de la gran ciudad incrustada en las montañas hijas a los pies de la montaña real.

Se pararon sobre el área donde una vez hubo una baranda de piedra.

—¿E'tá lista? —preguntó Ábrego.

Ella asintió. El joven príncipe dio un paso hacia ella y la acercó a él agarrándola con su brazo de la cintura. Danershe le abrazó y le miraba a los

ojos. Él sonrió y el viento comenzó a moverse con rapidez. El brazo en su cintura se tensó y con el izquierdo hizo que apoyara su cabeza sobre su pecho. Danershe cerró sus ojos y se dejaba llevar por el palpitar del corazón de Ábrego que se aligeraba a cada segundo. Su cuerpo se balanceaba hacia el lado izquierdo, Danershe apretó con más fuerza el torso de Ábrego y este hizo lo mismo. El suelo a sus pies fue lentamente desapareciendo hasta que solo sintió el aire ejerciendo presión sobre sus cuerpos que caían al vacío.

El aire que con sus cuerpos cortaban a gran velocidad, aumentaba la fuerza ejercida a cada segundo. Parecía como si alguien les estuviese abrazando fuertemente y casi no les dejaba respirar. Danershe solo esperaba que Ábrego supiera lo que estaba haciendo, de lo contrario la roca sería su fin.

La presión disminuía y el cuerpo comenzaba a sentirse ligero como si el aire, en vez de devolver la fuerza que ellos le daban con el descenso, les acurrucara en sus entrañas. No había tensión muscular, la respiración era serena y la mente comenzaba a quedar en blanco. Sentía la energía de las moléculas que componían el aire y su navegar por sus fosas nasales hasta adentrarse en sus pulmones y en su cuerpo. No solo lo sentía en el suyo, sino también en el de Ábrego. Deseaba abrir sus ojos, pero no podía.

Se dejó ir, y se dio cuenta que sentía las superficies de la rocosa falda de la montaña real. La torturaba rasgando su superficie y haciéndola porosa y áspera. Enlaces moleculares se rompían y se convertían en otros. Mientras esto ocurría, Danershe trataba de que los suyos y los de Ábrego se mantuviesen intactos aunque ella sentía que su materia no era la misma de hace segundos atrás.

El aire no tenía conciencia, por tal solo existía a causa de una reacción química que era constante y se transformaba a cada segundo. Danershe sentía esa transformación que provenía de todo a su alrededor. Era intoxicante las sensaciones que la tentaban en capturar toda esa energía que se liberaba y cambiaba. Mas recordó las palabras de Unaroko esa mañana y para no tentar a ese que en ella residía, controló sus sentimientos y los dejó pasar.

Sin embargo, otra sensación desconocida se abrió paso en ella. Danershe tuvo el deseo, de primera instancia, de no adentrarse en ella por precaución, pero algo era familiar en esa sensación. Se adentró sin cuidado alguno y la esencia en ella se alegró con el contacto inmediato. Buscaba y buscaba algo en específico, mas no lo encontró. Danershe se concentró sin

olvidarse de lo que hacía con Ábrego y se dejó llevar por su esencia divina quien se aferró a ella tiernamente y le protegía.

Buscó entre el vacío de las moléculas que era por donde le llevaba su esencia divina, era evidente buscaba a un igual. Se aferró allí en la transformaciones que ocurrían, no por la atracción natural que se siente por la descarga energética, sino por esa sensación del momento. Eso que viene es y se convierte en lo que será, y aquello que fue y es. Era confuso y Danershe trataba miserablemente de comprender. Entraba en contacto con su esencia divina, pero esta estaba en una búsqueda y lo único que hacía era protegerla de los cambios que a su alrededor ocurrían e ignorar sus interrogantes.

El llamado de Ábrego la halo de improviso como un grito inesperado en la soledad de una montaña. La esencia no deseaba abandonar el lugar donde estaba, mas no le costó otro remedio. Danershe se concentró en Ábrego quien necesitaba de su ayuda y llegaban a su destino. Las plantas de sus pies besaron con ternura el suelo rocoso. El aire revolvió alrededor de ambos como un pequeño remolino ayudando a la materialización de sus cuerpos. De ligera a pesada, la sensación de la realidad en el plano existencial era chocante.

Ambos se sentaron exhaustos respirando profundamente para relajar sus cuerpos. Danershe miró a Ábrego y sonrió.

—¿De qué se ríe? —preguntó él curioso.

Danershe miró hacia arriba donde la montaña se alzaba majestuosa. No se podía divisar el lugar de donde se tiraron al vacío.

—E'tamos vivos —dijo.

Él se acercó:

—Nunca dude de mí —la besó.

Ella no sabía que significaba ese segundo beso ni el primero y a dónde les llevaría, pero no le importaba. Por él sentía una atracción proveniente del alma que le gustaba y deseaba.

Ábrego la ayudó a ponerse en pie:

—Debemos llegar a la estación del tren antes de que seamos extraños en la madrugada.

Ella asintió y tomada de su mano comenzaron a caminar por entre un camino pedregoso que había entre una gruta que llevaba a uno de los caminos principales. Danershe no conocía la capital, nunca salió de su pueblo y aunque la noche y la neblina arropaban las calles, las tenues luces de los faroles le demostraban la inmensa diferencia con los caminos

polvorosos por los que anduvo toda su existencia.

Su mirada se perdía entre los detalles exagerados del lugar mientras avanzaba a prisa. La sencillez no tenía lugar alguno en la capital. Todo le parecía una mediocre imitación de la grandeza de la montaña que disminuían al adentrarse a ella y cincelar su forma natural para obtener una visión estética de lo que los seres desean ver como bello. Esas marcas que también los vergerreses hacían en su cuerpo y que Ábrego llevaba en su rostro como símbolo de madurez, cambio y belleza. Una que Danershe no llevaba, que no deseaba y la que le fue negada para su satisfacción por ser una mestiza, pero que destrozó el corazón de su madre.

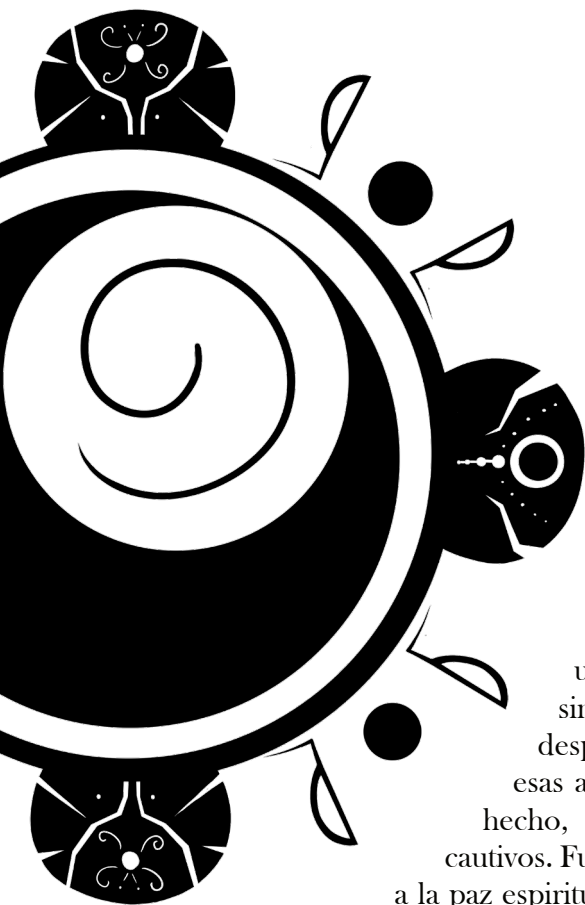
Por tal, ella misma hizo su ritual luego de escalar la montaña que usaba para resguardarse. Tres líneas hizo en su mejilla izquierda y tres en la derecha con un puñal. Con el rostro ensangrentado volvió a su hogar y al verla su madre, su rostro se iluminó orgullosa.

—E'tamos cerca —dijo Ábrego.

Danershe se alegró, anhelaba ver la expansión de las cordilleras de su hogar y salir del laberinto de paredes que la rodeaba. La estación del tren se divisó minutos después y aligeraron el paso. Ábrego indagó sobre el próximo tren que salía al valle Terrarys y le informaron la plataforma a tomar y que saldría en diez minutos. A toda prisa se encaminaron y subieron al tren y ocuparon una cabina. Se sentaron cerca de la ventana y Danershe respiró profundamente para apaciguar su emoción.

Regreso a casa, se dijo.

Ábrego besó su frente e hizo su cabeza descansar sobre su pecho. Danershe escuchaba los sonoros latidos de su corazón y en ellos se perdió y se quedó dormida.



## Amenazas

El viaje de siete días transcurrió entre risas y conversaciones monótonas, largas siestas abrazados uno al otro y dejar transcurrir el tiempo sin ninguna preocupación. Ambos se despojaron de las máscaras del miedo, de esas actitudes de precaución por lo dicho o hecho, de las ataduras a las que estuvieron cautivos. Fue una liberación necesaria, una acogida a la paz espiritual y mental que tanto necesitaban con tanta urgencia.

Danershe le contó sobre su hogar, la siembra de arroz y la montaña en la que se resguardaba en sus momentos difíciles, de su niñez y el trato dado por los habitantes. Danershe conoció sobre la hipocresía con la que trataban en palacio a Ábrego la gran mayoría de los que le servían a su estirpe, del trato áspero de su abuela hacia él y de la gran amistad que tenía con su primo que se fue a vivir a Vallosque, pues su padre es el embajador de Vergerri en ese reino. Danershe se dio cuenta que lo extrañaba de sobre manera cuando le comentó que era él el único que le comprendía.

—Vallosque será nuestra segunda travesía y allí visitaremos a tu primo —dijo para consolarle.



—Lo haremos —contestó él.

Los rayos del sol les despertaron la mañana del séptimo día y reveló a la distancia la hermosura de las terrazas de arroz construídas sobre las laderas de la cordillera. Se infló el pecho de Danershe de alegría.

Estoy en casa.

Se las señaló a Ábrego.

—Hasta en la distancia son hermosas —dijo Danershe.

—Lo son —contestó él mientras estas se perdían detrás de una montaña.

Salieron de su cabina para comer algo y esperar la llegada a la estación que estaba cercana. Bajaron de prisa esquivando los demás pasajeros que esperaban por abordar el tren. Se detuvo de repente al llegar a las escalinatas de la estación que marcaban el comienzo del camino que llevaba a su hogar y a su madre. Sería largo ir a pie, pero deseaba enseñarle a Ábrego la hermosura de su pueblo, ese que un día regiría como rey.

Ábrego la alcanzó y se paro a su lado. Tomó su mano y preguntó:

—¿En que dirección e'tá su pueblo?

Ella señaló al oeste a un camino que en ese momento era transitado por varias carretas empujadas por asnos.

—Vamos —dijo él.

—¡Su Alteza! —llamaron a Ábrego.

Ambos miraron atrás y vieron una docena de guardias locales que de inmediato le hicieron reverencia a Ábrego. El coraje se apoderó de Danershe, sabía lo que su presencia y llamado a Ábrego significaba. Él si deseaba podía regresar, pero ella se quedaría para visitar a su madre.

El teniente dijo:

—Su alteza, hemos si'o ordená'os pol el eze en traerlos de vuelta a palacio.

—Pol supuesto —contestó Ábrego—, luego que Danershe visite a su mai. Pueden servirnos de escolta.

—Lo siento, Su Alteza, hemo' detení'o el tren que lleva a la capital porque su regreso debe sel inmediato. Ya la capital ha si'o informá de su aparición.

El coraje aumentaba y la esencia se revolcaba en su ser. El respirar se aligeraba y ella apretaba fuertemente la mano de Ábrego. Él la miró y dibujó en su rostro una media sonrisa, pero en sus ojos ella podía leer la decepción que sentía. No tenían opción y la de ella dejaría a su paso mucho daño. Bajó su rostro y se dejó llevar por Ábrego de vuelta al tren donde minutos atrás

fue libre y ahora era una cautiva.

Ni una sola palabra pudo cruzar con Ábrego en el tren, los habían separado y no les dejaron ni un solo minuto estar juntos. Al llegar, abordaron distintas carrozas solares. La desolación la envenenaba por dentro. Durante su trayectoria practicó los ejercicios de meditación y discernimiento que le enseñó su tekina y los que hacía todos los días con Unaroko.

Paz era lo que buscaba en sus meditaciones, pero mientras más cerca estuvo de la capital menos era su concentración. No sabía qué le esperaba y cómo la tratarían al llegar. Debía mantener la calma para no cometer nuevamente el error del pasado. El rostro del guardia se pintó en su mente. Lo mantenía vivo en su memoria para no olvidar de lo que era capaz de hacer.

Al llegar a palacio, se llevaron a toda prisa a Ábrego. Unaroko le esperaba con la mirada seria y a su lado estaba Güeybán, su rostro sereno. Los guardias la llevaron hasta el sabio quien no dijo nada, solo le indicó con la mirada que lo siguiera. Unaroko la llevó a su recámara y le pidió a Güeybán que los dejara a solas. Él le miró dudoso y Unaroko le dijo:

—Por favor, Güeybán, debo hablar con Danershe.

Güeybán la miró de reojo, bajó la mirada pensativo y se retiró. Unaroko le miró con seriedad, ella podía sentir su enojo. Era intenso. Se regodeaba, buscaba las palabras a decir. Danershe esperaba.

Calma, esencia, calma, se decía mientras miraba a Unaroko y esperaba el reproche a sus acciones.

—No te voy a preguntar qué estaban pensando. Aunque me encantaría saberlo. Decirte que sus acciones tuvieron repercusiones dañinas está demás. Ustedes lo sabían —hizo una pausa como si las palabras se le trancaran en la garganta—. He notado cómo ambos se miran, Danershe. Me he dado cuenta de su aficción el uno por el otro —bajó su mirada—. La he visto antes —le volvió a mirar—. No debe ser, Danershe. Lo que sientes no es real. Las relaciones entre custodios nunca terminan bien. Desiste de ella ahora antes que sea tarde. Él no solo es un custodio, es el heredero al trono de Vergerrri y tomará por cónyuge una vergerrés, y tú tendrás que conformarte con ser un recuerdo en su vida. Él vivirá aquí y tú en Ataiba a donde él regresará cuando sus responsabilidades en su reino natal sean cumplidas. Ese es el trato al que hemos llegado el eze y yo.

La verdad plasmada en palabras se esquematizó en su mente inmediatamente. Una punzada penetró su alma y el anhelo de la pérdida se

escapó por la herida dejada por la punzada. Era dolorosa y reconocible, no la había sentido antes, pero la conocía. No venía de ella, sino de la esencia divina quien al parecer amó en el pasado.

—Danershe, este no es el momento para dedicarle tiempo a romances platónicos que puedan influenciar tu punto de vista. No es amor lo que sientes, sino una atracción física que es normal. Sin embargo, no es duradera.

—Habla como si supiera la diferencia —dijo Danershe.

Él bajó su rostro pensativo como si su mente viajara a otra parte. Danershe sintió la energía que estalló con el palpitar del corazón del sabio, una dolorosa y apasionada. Le miró confundida.

Está enamorado, se dijo.

—Los sentimientos son energía, Unaroko, por eso se sienten con gran fuerza dentro de nuestro sel —Unaroko le miró estupefacto—. No son parte de nuestra materialización que e' cuna de nuestra verdadera esencia, sino son las expresiones del alma. De ahí nacen, buenas y malas, de ahí nacen. Ma' somos nosotros en unicidad' entre esencia y materia que decidimos cómo expresá esos sentimientos —hizo una pausa—. Sé lo que siento y no e' un romance platónico.

—Tu esencia divina es fuerte y comparte contigo las vivencias del pasado. Lo que sientes, Danershe, es el recuerdo de esas vivencias que trajeron mucho dolor y conflictos a tu antecesor.

—Sé lo que siento y lo que conlleva entregarme a e'tos sentimientos. Usté', los conoce. Los he sentí'o estallando desde su alma cuando se despista varios segundos en nuestras clases. Se dejaron sentí' segundos atrás. Usté' se entregó a ellos y aquí e'tá cargando con el anhelo de un recuerdo que nunca fue un romance platónico, porque esos no dejan una marca tan fuerte en nuestro sel.

Unaroko respiró fuertemente, caminó a una butaca y se sentó en ella.

—Si estás segura de lo que sientes —dijo con voz serena—, solo te puedo dar un consejo. He tenido el privilegio de amar y respetado las consecuencias que traen ese amor. No te niego que he querido cruzar los límites, de dejarme llevar, de entregarme por completo. He respetado las consecuencias que la entrega traería. Duele, Danershe, en especial el reconocer que no podrá ser y se lucha constantemente con el sentimiento vivo y latente dentro del ser. Son las consecuencias las que me mantienen al margen. El dolor que traería a muchos y a mi mismo. Ese dolor siempre estará ahí presente y hay que aprender a vivir con él.

Hizo una pausa y con mirada penosa dijo:

—Tauba lo vivió y le destruyó. Ama si lo deseas, pero piensa en ti, Danershe y en Ábrego —bajó su rostro nuevamente—. Anda, ve y descansa que tu viaje fue uno largo.

Danershe le miró por unos segundos. La tristeza marcaba sus facciones y ella decidió dejarle a solas.

Iba deambulante por los pasillos del palacio en dirección a su recámara. Agobiada deseaba entregarse al descanso. Tenía mucho por pensar, decisiones por tomar. Sentía el cuerpo pesado y el anhelo por Ábrego latía dentro del alma. Cerró sus ojos y respiró profundo.

Calma, mi alma, calma.

Abrió sus ojos y frente a ella estaban dos guardias.

—Su Alteza, desea verla.

Ábrego, resonó su nombre en su mente. Ella asintió y los siguió. Por fin le hablaría luego de días sin poder hacerlo. No eran las palabras lo que deseaba de él, sino una caricia y un beso. Entonces, allí entre sus brazos determinaría si podía vivir por el resto de su existencia con la consecuencia de la entrega al amor.

No reconoció la puerta frente a ella que los guardias abrieron para dejarla entrar. Dentro de la habitación engalanada con tonalidades doradas por todas partes, estaba en su centro la abuela de Ábrego. Alta, de tez oscura, de cabello marrón trenzado y decorado por cuencas de oro y diamante, y de fisura robusta. Le miraba con ojos penetrantes. Su rostro decorado con marcas y protuberancias estaba tenso por la furia intensa que era evidente para Danershe. Ella se dio cuenta que estaba en campo enemigo y la esencia despertó de sopetón.

Danershe se acercó e hizo una reverencia para ser cortés.

—La mandé a buscal pa' darle una orden, mestiza —la miró de arriba abajo. A Danershe se le encrespó la piel del coraje, pero mantuvo silencio—. Irá donde Unaroko y le dirá que no volverá a tomar clases junto a mi nieto. Él será un mestizo como usted, pero no un plebeyo. Ábrego es Mudiwa de Vergerri y su educación va pol encima de la que un hūaku le puede dal.

Danershe no contestó, le miraba con seriedad. La Esencia, por su parte, se agitaba como fiera rabiosa.

—No volverá hablal con Ábrego, ni a tratarle de ninguna manera en particular. E' su subordina' y entre uste'es no puede habel ná'. ¡Ná', me entiende, mestiza! —exclamó con furia sin perder su elegancia. Arqueó una

de sus cejas y continuó—: Su estirpe ha sufrí’o mucho pol su causa, no pelmita que tengan un sufrimiento mayol pol su desobediencia.

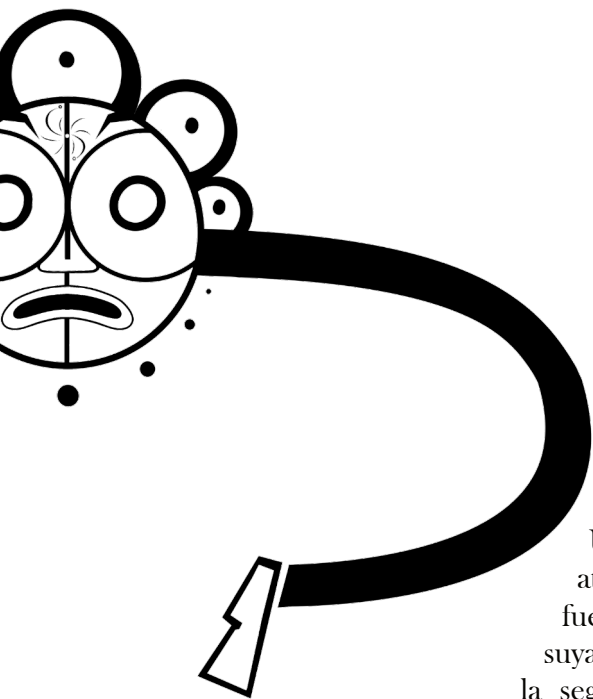
La Esencia hizo su cuerpo erguir, su pecho inflarse. El cansancio se disipó, el coraje, la duda. En su lugar emergió una sensación poderosa de invisibilidad y al mirar a Nasuria se dio cuenta de su pequeñez y debilidad mortal.

Su mano izquierda se alzó y al levantar tres de sus dedos sintió la energía dentro de Nasuria que estaba bajo su control. Ella se quedó tiesa por unos segundos y luego, mientras Danershe bajaba su mano, esta obedecía al movimiento. La hizo hincar de rodillas y alzar su rostro. Su mano izquierda comenzó a imitar los latidos del corazón de Nasuria. Sentía las contracciones musculares y el flujo de la sangre que entraba y salía del órgano. Detuvo la imitación por un instante y los latidos se detuvieron. Las energías de Nasuria lentamente le abandonaban y Danershe volvió a imitar los latidos con su mano.

Liberó el órgano e hizo que Nasuria le hiciera reverencia una y otra vez. Complacida la Esencia, la hizo erguirse y mirarle a los ojos y dijo:

—Soy Danershe guaYikibu, Custodia de la Energía, elemento primordial de la nación de Ataiba. Usté’ me debe respeto, ¡oh, mi subordiná’! No e’ mi igual, Nasuria. No vuelva a realizá amenazas en contra de mi estirpe o sobre mí. El sufrimiento que sintió e’ tan solo una pequeña porción de lo que soy capaz de hacerle. A Ábrego, mi igual, le veré y le hablaré cuando quiera, y no hará ná’ al respecto. Le estaré observando, Nasuria. Que no se le olvide jamás, no es y nunca será mi igual. E’toy pol encima de usté’.

Bajó su mano, el poder sobre Nasuria cesó y la dejó tirada en el suelo casi desfallecida. Se marchó satisfecha de poder demostrar, sin miedo ni titubeos, quién era y sin pizca de remordimiento con lo que hizo.



## Sentimientos Encontrados

No le dejaban a solas ni tan siquiera en la compañía de su stirpe. Un castigo para humillarle por atreverse a tener libertad. No, esas no fueron las palabras de su padre, sino las suyas. Le castigaban por poner en peligro la seguridad del rey y del reino. Por lo menos de su castigo obtenía algo bueno. Su padre para que no volviera a escapar, mandó a buscar a su primo quien estaba pautado llegar en tres meses para el ritual de su segundo tatuaje. Según su padre, de los dos su primo era el más sensato.

No era así, su sensatez venía de su forma de analizar las cosas, pues las pensaba más de lo normal y se tardaba en tomar decisiones. Todo lo contrario a él, quien analizaba las situaciones y tomaba la decisión más certera e inmediata. En su travesura, como fue denominada por su madre, la decisión fue fácil. Danershe extrañaba a su madre y se sentía prisionera en palacio y él le daría la libertad que necesitaba para que ella calmara su atormentado corazón y la Esencia.

Esperaba en la plataforma que llegara el teleférico en el que vendría Beliol, su primo. Llevaba meses en Vallosque con su padre y hablaban

seguido por teléfono. Le había contado sobre Danershe y lo que sentía por ella. Beliol, como siempre, le aconsejó cautela la que él ignoró. Era el favorito de su abuela quien estaba allí a su lado. Estaba muy callada, Ábrego se imaginaba que aún estaba enojada por lo sucedido. Todos lo estaban y se lo recordaban con las miradas.

Su abuela siempre fue una vergerrés elegante y de carácter fuerte que imponía su voluntad sin ser pedida. Sin embargo, según cuentan, desde que su madre Abeni le robó el corazón a su padre, este no escucha el consejo de su abuela Nasuria tan seguido como antes. Lo que la ha mantenido al margen de muchas situaciones, incluyendo la manera en que él debe ser educado. Para ella era importante que su educación solo consistiera de las tradiciones vergerreses. Mas para su padre era importante que esta incluyera la hūaku para extender los lazos futuros de los dos reinos que se unían a través de él.

Su abuela le amaba y de eso no tenía duda alguna, pero era dura con él por ser un mestizo. Lo que ella no deseaba para su legado. Su sangre mezclada con la de sus enemigos y pasada a la posteridad de esos que regirían Vergerri.

—Me alegra su llegada —le comentó para terminar con el silencio entre ambos. Ella no respondió y mantenía su mirada puesta en el teleférico que se veía en la distancia—. Le extrañaba.

—E'pero que él ponga un poco de cordura en ti, Ábrego. No lo lleve a la vergüenza, —dijo ella con arrogancia.

—No lo haré, —contestó él con respeto, pero cansado del constante recordatorio de sus actos.

—Eres un Custodio de Ataiba, el que les faltaba. El que controla el elemento del aire. ¡Qué ironía! Eres Mudiwa de Vergerri y Custodio de Ataiba. Me pregunto, ¿dónde e'tá su lealtá, Ábrego, y qué reino escogerá pa' reinar cuando su tiempo llegue? —volvió su mirada al teleférico que llegaba a la plataforma—. No importa, Ábrego, nos encargaremos de eso a su debi'o tiempo. Ahora sonrío que el futuro de Vergerri ha llegado.

Ábrego no contestó y ante la duda que nacía en su abuela hacia él. Su primo bajó del teleférico sonriente. Beliol tenía las características de un vergerrés de pura sepa. Cabello negro ondulado, tez oscura sedosa, músculos marcados, nariz chata, de quijada fuerte y varias pulgadas más alto que él. A su lado lo hacía ver una insignificante versión vergerrés que fue diluida por un tratado. Era evidente el porqué su abuela lo prefería y lo llamaba el futuro de Vergerri. Ella de seguro hubiese preferido que Beliol fuera el Mudiwa de

Vergeri y no él, y más cuando era él un custodio.

Se acercó a Belioli quien de inmediato, como era el protocolo, le fue a dar un fuerte abrazo antes que a su abuela.

—Así que debo compartir su castigo. Le dejo solo y se pone a hacer locuras —dijo a su oído.

Ábrego sonrió:

—Sí, mis penas son las tuyas, queri' o primo.

Se separaron para que Belioli saludara a su abuela. El rostro de Nasuria se transformó de inmediato, el amor maternal le supuraba por los ojos, su sonrisa, su expresión corporal. Su abrazo fue fuerte, dulce, deseado por él. La brisa sopló sobre él acariciando su rostro como consuelo.

Ni de aquí ni de allá somos, le dijo Danershe en su viaje en tren. ¿De dónde?, le preguntó mientras se perdía en el verde de sus ojos. De donde queramos sé', allí donde el alma se sienta bien, en calma, en paz, en amor, contestó ella.

En ese momento había encontrado ese lugar y era a su lado, pero fue robado y es prohibido por todos desde que les descubrieron.

—Mudiwa, vamos que me muero de hambre —le dijo Belioli.

—Siempre tiene hambre —dijo dibujando una sonrisa en su rostro.

—La comida ya e'tá lista —dijo Nasuria.

Iban uno al lado del otro por los largos y anchos pasillos que llevaban a los aposentos privados de Nasuria. Siempre seguidos por los guardias asignados a Ábrego.

—Entonces, Mudiwa, ¿así la pasaremos siempre? ¿Vigila'os tó' el tiempo? —preguntó Belioli.

Ábrego no tuvo tiempo en responder, su abuela lo hizo por él.

—E' la consecuencia a decisiones irracionales.

Belioli le miró de reojo y una media sonrisa se plasmó en sus labios. Su primo se mofaba de él y por tal no contestó, en especial para no encender la cólera de su abuela con una respuesta absurda. Luego tendría tiempo para hablar con Belioli y explicarle sus motivos.

—Danershe —dijo Belioli pensativo como si estuviese dibujando en su mente la noción de un imposible para Ábrego.

—No diga ná', ya la decisión e'tá tomá' —comentó Ábrego.

—Pol supuesto, ¿pensaba que sería diferente?

Miró al piso—: En un momento. En nuestro viaje al sur sentí esa esperanza.



—Se le olvidó quién era. Eso no se le debe olvidar nunca. E' quién e' y debes buscar un balance entre las dos estirpes que representa aunque le duela. No sé por que se lo digo, lo sabe, pero lo ignora dejándose llevar por los sentimientos. Le he dicho miles de veces que piense las cosas varias veces, pero nunca me hace caso. La razón siempre sobrepasa los deseos insípidos de los sentimientos.

Ábrego asintió:

—Me llama algo que nace dentro de mí. Me mueve a tomar camino, me llama constantemente. Me he encontrado mirando al e'te con anhelo. Danershe ha sentido lo mismo. El deseo de una patria que nunca he conocido, pero que dentro de mis entrañas e' mía y me nace el amor como ese que tengo por e'te reino. Me halan aquí y allá, y no sé que la'o tomá.

Beliol le miró pensativo por varios minutos:

—Debe hablar con el eze, contarle lo que siente. Hay que apagar ese fuego del anhelo que quema pa' tener paz. Pídale que le deje visitar Ataiba con su mai, quizás de esa manera el fuego se apague.

—Quizás. Lo haré.

—Danershe, ¿qué va a hacer con ella?

—No sé, a ella la llevo marcada en el alma. No lo puedo explicar, pero e' como si lo correcto en tenerla en mi existencia, a mi lado —la que quiero, la que anhelo en mis días y en mis noches, concluyó en silencio—. Va a sufrir y no deseo eso pa' ella. E' mejor que hable con el eze y haga mi petición. Acompañarla hasta Ataiba y allí despedirme de ella hasta que regrese. E' lo mejor pa' ambos —dolían las palabras al ser pronunciadas, dolían los pensamientos que se dibujaron en su mente con ellas. Le tocó sufrir en esa existencia efímera, pero no podía perder las esperanzas de que al final de todo habrá alegría y consuelo. A eso se aferraba su alma, para no desfallecer y fortalecerse.

—Debe prepararse pa' su segundo ritual que e' en dos días. Me dijo mi pai que el segundo e' más doloroso. El primero fue doloroso pa' mí y lo detuve varias veces pa' descansar —dijo Beliol.

Ábrego arqueó sus cejas. Danershe estará conmigo, se dijo al reconocer que la presencia que sentía en su primer ritual era ella. Ahora más que nunca no le abandonaría.

Su segundo ritual sería la escarificación de su cachete izquierdo. Las escaras que lo marcarían hasta el fin de su existir, serían el símbolo de su resistencia ante el dolor. Todos los ezes antes de él llevaban esa marca y él

sería el primer mestizo en llevarla. Un dato que no había pasado por inadvertido en palacio y en todo el reino.

»Las escaras le harán fuerte, mi hijo —le dijo su padre cuando le explicó sobre el ritual—. Son la vivificación de la vida que de vez en cuando es dolorosa, pero luego el dolor pasa y llega el gozo y nos damos cuenta que hemos sí o fortalecí'os pa' enfrentá nuevos dolores.

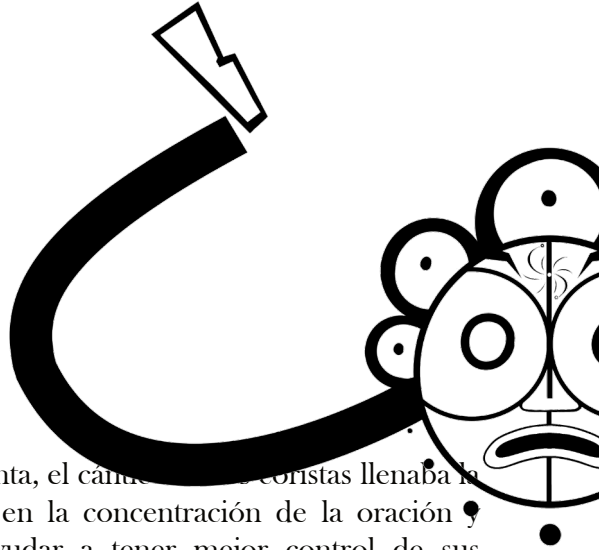
—Mañana le acompañaré en sus oraciones —dijo Beliol interrumpiendo su línea de pensamiento.

—Tengo que e-tal en oración todo el día, Beliol. Imagino que desea hacel otras cosas que pasarlo en oración.

—No, va a necesital la compañía. Sé que si se le hubiese pelmití'o, uste' hubiera está'o conmigo en las mías que tuve que realizal en Vallosque.

—Sí, lo hubiese hecho —Ábrego sonrió.

## La Presencia



La mañana pasó relativamente lenta, el cántico de los coristas llenaba la atmósfera de la capilla para ayudar en la concentración de la oración y meditación. El ejercicio le iba a ayudar a tener mejor control de sus emociones durante el día del ritual. Si solo supieran que no iba a tener problema alguno. Tenía la ventaja de ser un custodio y que aquella que custodia a la energía, estaba siempre cerca de él y velaba por él.

La extrañaba, llevaban días sin verse. Danershe de vez en cuando le permitía sentir su presencia como consuelo de la separación.

Las canciones no le ayudaban en la meditación. Pidió con anterioridad estar a solas, pero se negaron con la excusa que era parte de la tradición. Negarse sería un insulto. Sentía las vibraciones viajar por el aire y entrar en su oído. Estas comenzaban a incomodarle, debía concentrarse. Abrió los ojos y recordó una de sus lecciones.

El sonido para viajar necesita un medio para hacerlo, de lo contrario no podrá propagarse. Respiró una y otra vez suavemente llenando sus pulmones de aire. Sentía cada molécula gaseosa que entraba y salía y que se mantenía a su alrededor. Viajó por ellas y se expandía lentamente hasta sentir cada una de esas que llenaban la triangular capilla rocosa y llena de estalagmitas y estalactitas. Llegó a donde estaban los cuatro coristas, hizo un parámetro circular a su alrededor de dos pies y desde ese punto, hasta varias pulgadas cerca de él, disipó el aire y creó un vacío.

Las vibraciones se detuvieron, el silencio le cubrió y él comenzó nuevamente las oraciones que le llevarían a la contemplación. Decía las palabras una tras la otra, pero luego de varios segundos su mente dibujaba el recuerdo del ayer. Un beso correspondido acompañado por una calidez que nacía del interior del alma. Sufrimiento sería lo único que alcanzaría para ambos. Estaba atado a Verggerri y ella, que tenía la libertad de salir de allí, encontraría la felicidad que tanto anhelaba en Ataiba. Debía dejarla ir para no herirle. Quizá era tarde, pero estaba seguro que los sentimientos aún no habían penetrado por completo al alma y sería fácil olvidar si se lo proponían.

El ritual era la marca de su conversión completa de un joven a un adulto, y por tal, para un mudiwa, el buscar a esa que sería la progenitora de su descendencia. Danershe no sería la escogida para ese honor.

—¡Ábrego! —le llamó una voz al mismo tiempo que le tocaban el hombro.

Se tornó y vio a su padre parado detrás de él con rostro confuso. Ábrego dejó que el vacío se disipara y el sonido viajó repentino hasta donde estaba y llenó de vibraciones sonoras la capilla. Su padre arqueó una ceja en entendimiento y pidió a los coristas que se marcharan.

—No se dieron cuenta, pai, sus canciones me distraían —dijo antes que su padre le reprochara algo.

Ikgosic asintió. Tomó asiento a su lado y dijo:

—Durante los días previos a su desaparición, tuvimos noticias de itiba Yuisa.

—¿Apareció? ¿E-tá bien? —preguntó interrumpiendo a su padre.

Ikgosic dijo:

—No me interrumpa —Ábrego asintió y su padre continuó—. Sí, y e'tá con su hijo en Yagüeka. Al parecel los kahali se atrevieron a tomarles prisioneros cerca de la frontera entre Verggerri y Ataiba. Unaroko debe regresal a Ataiba pa' lidial con e'te asunto y entregarle a Güeybán el dujo de Ataiba como acordamos.

La confusión lo embargó, pero al mismo tiempo todo tenía sentido. Se había dado cuenta del trato que su tekina y la de Danershe le daban a Güeybán, uno de sumo respeto y simulada igualdad. Más obvio era el dado por su madre que nunca se atrevió a cuestionar.

—En un mes Unaroko y él saldrán pa' Ataiba y con ellos irá Danershe. Luego de reflexional, he decidi'o que debe ir a la nación a la que es custodio

pa' que consagre al esike y, uste', a su vez sea consagra' o. Su mai le acompañará y luego de que e'to ocurra regresarán a Verggeri.

—¿Todos? —preguntó conociendo la contestación, pero aferrado a la esperanza.

—Solo, ustedé, y su mai.

La realidad tocaba a su puerta y le quedaba poco al lado de Danershe. Debía buscar la manera de poder estar juntos sin que nadie se diese cuenta, una noción arriesgada que podía poner en peligro su viaje.

—Debes mantenel la verdadera identida' de Güeybán en secreto por su segurida'. No deseamos le ocurra algo mientras e'té en nuestro reino. E'to traería grandes repercusiones sobre nosotros y hasta la guerra que mi pai y yo hemos evita' o todas e'tas décadas.

—Por supue... —se detuvo en medio de su contestación.

Se le dificultaba respirar por mas que llenaba sus pulmones. Estaba confuso y comenzaba a marearse. Era una sensación como si le estuviesen drenando las energías, pero no se debilitaba si no que le faltaba la respiración. Buscó a su esencia divina y se dio cuenta que esta solo contestaba a un llamado. Correspondía con naturaleza como si lo que le llamara estuviesen conectados de alguna manera. Se preguntaba quién tenía ese poder de llamar a su esencia a su antojo. Eso solo significaba que si lo deseaban podía controlarle cuando quisieran.

La noción envió escalofríos por todo su cuerpo. La esencia sintió el terror y se enfocó en Ábrego y le serenó. La respiración se normalizó, la unión entre ambos abrió su entendimiento y sintió la presencia que llamaba a su esencia. No era para controlarle, era la necesidad de utilizar el elemento para su protección.

Se concentró en la presencia con sus ojos cerrados mientras escuchaba a su padre llamarle de seguido. Él alzó una mano para indicarle que se detuviera. Se dejó llevar hasta fluir con su elemento a donde le llamaban. La conexión era fuerte, pero natural y armoniosa. Llena de un sentimiento amoroso y maternal. Llegó al lugar donde le llamaban luego de varios minutos y la sintió. Era una presencia femenina, y sonrió al reconocerle. Dejó que le usara y al terminar, regresó a su cuerpo tal y como una brisa suave de verano sopla sobre la naturaleza.

Abrió sus ojos y vio la mirada preocupada de su padre.

—E'toy bien, no se preocupe. Tengo que hablal con Unaroko de inmediato —dijo a su padre.

—Vamos —dijo sin hacer preguntas.

La noticia traería paz, quizá. Ábrego no entendía lo que acababa de ocurrir, pero Unaroko le daría las respuestas que necesitaba.

Su padre entró a la habitación de Unaroko sin ser anunciado y él le seguía de cerca. Sus guardias cerraron las puertas tras de él. En la sala de sus aposentos estaba Unaroko acompañado por Danershe. La alegría le invadió al verla y ella le sonrió con su mirada e hizo con su energía un toque en su alma. Le saludaba de la única manera en que podía sin que ninguno de los presentes se dieran cuenta. Él por su parte hizo el aire alrededor de ella moverse con sutileza y acariciar su mejilla.

—Unaroko —dijo su padre con fuerte voz que resonó por las paredes de la sala.

—Alteza —contestó Unaroko.

—Ocurrió algo con Ábrego que me gustaría saber qué fue.

El ceño de Unaroko se frunció y le miró de inmediato.

—Yuisa tenía necesida' de mi elemento —dijo sin explicar lo ocurrido porque sabía que Unaroko entendería.

La confusión se pintó en su rostro:

—¿Yuisa? No puede ser.

—Era ella, la reconocí. Cuando e'tuvo de visita tuve un episodio de descontrol y fue ella quien tranquilizó la esencia. A su llama'o la esencia obedeció como un hijo a su mai.

Unaroko miró al suelo como si buscando la respuesta allí:

—No puede ser —dijo.

—Unaroko, explique lo que ocurrió —dijo su padre.

—A la itiba se le ha consagrado con una mínima porción de los elementos desde su nacimiento por ser la próxima ísika. De vez en cuando, en una emergencia ella puede pedir ayuda a los elementos consagrados en ella. En este caso el de Ábrego.

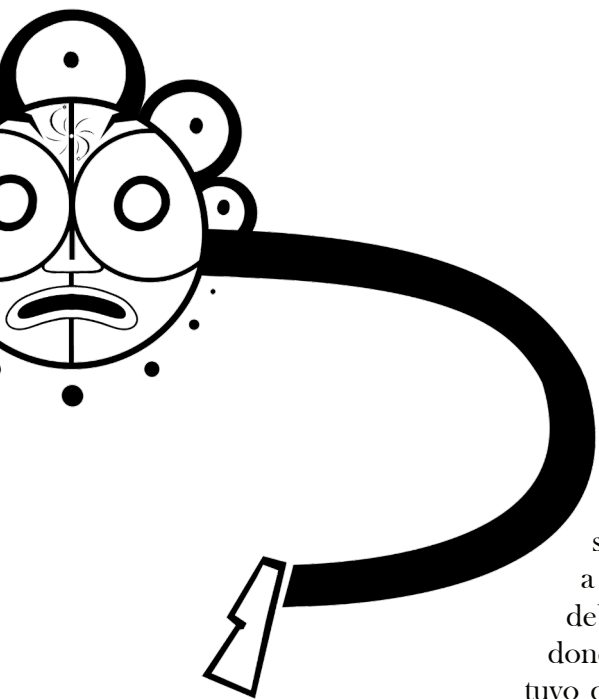
Un susurro llegó a los oídos de Ábrego:

—Miente —le dijo Danershe a sabiendas que llegaría a él. Unaroko la miró de reojo.

—¡Mi hijo se tornó pálido y parecía que se quedaba sin aire! —exclamó un poco enojado el rey.

—Alteza, no se preocupe. Su cuerpo se alteró por ser la primera vez que tenía esa experiencia. Ábrego nunca estuvo en peligro. Si ocurre nuevamente, ya él sabe que debe hacer.

—¿E' tá seguro de eso? —preguntó su padre.  
Unaroko asintió.



## La Roca y El Príncipe

Su padre no le permitió quedarse con Unaroko y que este le ayudase en sus meditaciones. Esa tarde le trajeron a la capilla la piedra de obsidiana que debía estudiar para buscar el punto por donde debía romper. Su primo Beliol no tuvo que pasar por esa prueba al no ser el mudiwa. Toda la tarde debía estudiarla y dejar que ella le hable.

El toque sobre la superficie reveló la aspereza de la roca pesada que le llegaba a las rodillas. De pie, sentado frente a ella, caminando a su alrededor estudiaba cada detalle de la irregularidad de la misma. Lo hizo hasta que el sol se perdió tras las siluetas de la cordillera que fue el momento en que la retiraron de su presencia y enviado a descansar.

Se acostó y pensaba en la roca y todos sus detalles. En alguna parte de su superficie estaba su punto débil y allí debía insertar el cincel que azotaría con el martillo para producir la separación de la roca y en ese lugar insertar hasta la mitad la espada que llevaba su nombre.

Estaba frente a él amenazante con su fortaleza. Esa que debía someter a la suya como símbolo de su estirpe y lo que sería en el futuro. En un



pestañear la roca aumentó de tamaño y fortaleza. Él, pequeño ante esta, se desvanecía por el terror del fracaso y era la piedra quien le quebraba al caer sobre su cuerpo. Ábrego se despertó sudoroso.

La mente cansada tortura al alma, se dijo.

Lentas pasaron las primeras horas del día y él se perdía en el recuerdo de su vecina tormenta y cómo doblegarle. Ingirió poco de la comida que le sirvieron en sus aposentos al no permitirle salir hasta que comenzara el ritual. Le vistieron con los atuendos tradicionales para el ritual, esos que sus antecesores utilizaron. Una camisa de mangas largas emergía de un pectoral de titanio y diamante que cubría su torso e iban a juego con las cuencas que decoraban las ondulaciones de su cabello marrón y de mechones verde. Llevaba pantalones grises ajustados y botas de cuero que protegían la espinilla con una placa de titanio.

Las puertas del salón del trono se abrieron y él caminó el pasillo delineado por cientos de vergerreses que conducía directamente a la piedra que le esperaba y descansaba sobre el suelo. Su padre, de mirada seria y prepotente, estaba sentado en su sitial de piedra en forma de la gran montaña real. Las piedras de sus antepasados decoraban los laterales del sitial. Su madre le miraba con dulzura y orgullo desde su taburete ubicado dos escalones más abajo que el sitial del eze, el suyo un escalón más abajo del de su padre. Su abuela Nasuria estaba al final de las escalinatas seria sin ningún reflejo de sentimiento, Beliol a su lado.

El respirar era palpable en el aire, también las vibraciones de los susurros que decidió ignorar. Al final estaba Unaroko. A su izquierda estaban Lukayú y Güeybán; y a la derecha Danershe, quien le seguía con la mirada y le saludó como lo hizo el día anterior. Él le correspondió de la misma manera.

Frente a la piedra se detuvo. Todos estaban en silencio. El cincel y el martillo estaban colocados sobre una pequeña mesa cerca de donde él estaba, y al lado contrario la espada con su nombre. Se acercó a la piedra y la tocó mientras la circulaba y estudiaba aquellos puntos que identificó la tarde anterior.

—Siente su energía —llegó el susurro de Danershe.

—No intervengas, por favor —susurró en contestación, pero como si le estuviese hablando a la piedra. No debía permitir su ayuda, esto lo debía realizar a solas como lo hicieron sus antepasados si deseaba que el sitial de Vergerri fuese de él honradamente.

Varias vueltas le había dado a la piedra que se negaba en revelar su punto débil. Comenzaba a desesperarse, pero respiró profundamente y la esencia le consolaba con la serenidad que trae la oxigenación del cuerpo. Se detuvo al exhalar, su mano sobre un área que no identificó antes.

Aire, la esencia dentro de él saltó al reconocer su elemento. Inhaló nuevamente, no era aire en su pureza, sino otras moléculas gaseosas reconocibles que una vez fueron parte del aire. Extendió su mano derecha para que le hicieran llegar el cincel. Lo colocó sobre el punto descubierto y pidió el martillo. Lo hizo descansar sobre el cincel, respiró.

Un solo cantazo, quizás dos, se dijo.

Respiró nuevamente y aguantando la inhalación al mismo tiempo que alzaba su brazo derecho, lo dejó caer con fuerza sobre el cincel que se hundió una cuarta parte en la piedra. Su brazo nuevamente en alto golpeó una segunda vez y la grieta se hizo presente. Ábrego la estudió, la sopló para que las partículas pequeñas le permitieran ver la profundidad de la grieta.

Estaba satisfecho y pidió con su mano la espada. La tomó, colocó la punta sobre la grieta y con fuerza la introdujo hasta que la piedra se tragó una tercera parte de la hoja. Sus músculos tensos descasaron al dejar de ejercer fuerza sobre la espada. Retrocedió varios pasos y sonrió.

Ábrego se tornó a mirar a su padre, quien de inmediato dio órdenes de verificar la espada. El sacerdote haló hacia él la hoja asegurándose que la piedra no se rompería y la espada quedara libre. Ábrego sabía que no sucedería. El rey asintió y titanio derretido fue lentamente introducido por las grietas que quedaban al descubierto alrededor de la espada para sellarla y hacerla eternamente una con la piedra.

Su padre se puso en pie y fue a su encuentro. Dijo a viva voz:

—Ábrego, se a gana'o el título de mudiwa eze y pol tal el derecho a las escaras del mudiwa. Vaya y regrese mañana con el símbolo en su piel.

Un tronido de aplausos vibró por el salón y mientras Ábrego se marchaba, buscó la mirada maternal de su madre. En el camino encontró la de su abuela que reflejaba odio ante lo ocurrido y él bajó su mirada ante la realización de que no habría ritual vergerrés que pasara, él seguiría siendo un mestizo.

## La Bencición de la Montaña

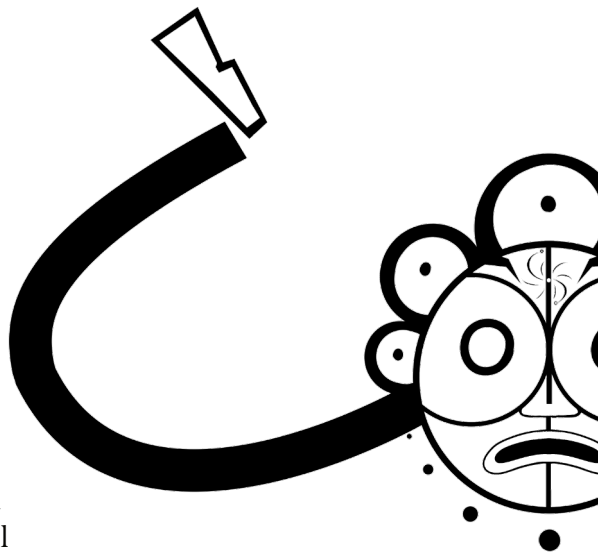
De gris vestía, de gris estaba decorado su rostro y sus cabellos a causa de las cenizas que sobre él derramaron para simbolizar su luto. Su abuela, su tío, su primo, la corte real, todos vestían de gris y fueron bautizados con las cenizas. A su madre se le negó asistir al funeral de su padre. Su abuela convenció al consejo real que ella tuvo que ver con el asesinato de su padre. El juicio en contra de los sospechosos, Vergerri lo llevaría a cabo mañana. Hoy, Vergerri despedía a su padre.

La pira funeraria real estaba preparada para recibir el cuerpo de su padre. En ese lugar los antiguos reyes de Vergerri fueron reducidos a cenizas.

Allí algún día colocaran mi cuerpo, se dijo el príncipe de Vergerri, pero hoy le toca a usted, pai.

Una lágrima rodó por su mejilla, una que inmediatamente secó. Los reyes no lloran, y él era ahora el rey de Vergerri aunque aún no lo habían ascendido a su cargo.

Los tambores anunciaron la llegada de su padre. Los pasos de los vergerreses que lo cargaban resonaban fuertes sobre el suelo en armonía con



el sonido de los tambores. Subieron los escalones que llevan al tope de la pira funeraria y sobre esta le colocaron. La música les acompañó hasta que estos bajaron. Un vergerrés alto como una montaña se acercó a su abuela Nasuria y le entregó una antorcha encendida. El fuego lamía con furia el pedazo de tela bañada en aceite que lo alimentaba.

Así hará con mi padre, se dijo Ábrego.

Su abuela se acercó a la base de la pira funeraria y sobre las maderas depositó el fuego de la antorcha que explosivo se engrandeció. Subió rápido hasta el cuerpo de su padre. Al fuego lamer la carne, nació una columna densa de humo y de olor fuerte. Su abuela caminaba de regreso a su lugar, le miró de reojo. Su mirada era dura y Ábrego solo torno la suya hacia su padre.

El fuego se tardó varias horas en consumir el cuerpo de su padre y convertirlo en cenizas. Estas fueron recolectadas y guardadas en una caja de oro que sellaron y le entregaron. La abrazó fuerte contra su pecho mientras seguía al sacerdotisa que le acompañaría a depositar la caja en la Matriz de la Montaña. A nadie le era permitido entrar allí más que a ese que sería el próximo Eze de Vergerri.

A paso lento seguía a la sacerdotisa mirando la caja y deseando tener una última conversación con su padre. Dentro de su pecho sentía como la tristeza rellenaba el vacío que dejó su partida. En su oído escuchaba el seseo de la venganza que lenta se introducía en su alma. Ábrego, débil ante lo ocurrido, se dejaba seducir por ella.

No, no es el momento, se dijo apretando fuerte la caja.

El Camino a la Matriz de la Montaña era largo, curvo y húmedo. La sacerdotisa iba en silencio con una antorcha en su mano para iluminar el camino que a veces se transformaba en escalones y otras, en piso liso. Ascendían y bajaban, doblaban a la derecha, a la izquierda. Se detuvieron de improviso y la sacerdotisa le hizo señas de que se acercara. Frente a él había una gran puerta edificada cerrada con un gran candado con dos cerraduras: una de una llave y la otra parecía como un botón.

La sacerdotisa sacó la llave que colgaba de su cuello y la puso dentro de la cerradura.

—Coloque su deo corazón en el botón y presiónelo.

Ábrego hizo como le pidieron. Al colocar su dedo sobre el botón y presionarlo, sintió una punzada que le hizo retirarlo. Un ruido de una cerradura abriéndose resonó a su alrededor y en su dedo quedó una gota de sangre.

—Solo el Eze de Verggerri puede abrir e'ta puerta. Su sangre e'tá marca' pol la tinta del tatuaje que marca su rostro y que le concede acceso aquí. Pol e'ta razón solo el sacerdote principal hace el tatuaje. La tinta que usa pa' el próximo eze tiene un ingrediente que es la llave pa' e'te canda'o y otros secretos que le serán revela'os cuando sea ascendi'o. El tatuaje en su rostro y las escarificaciones, son mi señal pa' concederle paso pol la Matriz de la Montaña.

Empujó las puertas para que se abrieran. Detrás de ellas había una gruesa columna ricamente esculpida e iluminada por miles de antorchas. La sacerdotisa le indicó que entrara, y luego de que él lo hiciera, cerró las puertas. Le pidió le siguiera.

La Matriz era el nombre dado a la columna, le dijo la sacerdotisa, y en ella descansaban esos que existieron para que él estuviese allí. Su sangre corría por sus venas y le permitía estar en ese lugar sagrado.

Soy de esta raza y soy hūaku, se dijo mientras su mirada se perdía en los intrínsecos detalles que decoraban la columna. Estos simulaban manos delicadas y robustas que acurrucaban los nichos de los reyes que tenían forma redonda e iluminados por una vela.

Le dieron la vuelta a la columna hasta llegar a la parte contraria a esa que da a la puerta. Habían dos nichos en oscuridad, sus velas se mantenían apagadas.

—Presione el botón —señaló la sacerdotisa.

Ábrego se acercó y presionó el botón. Sintió de nuevo el pinchazo en su dedo y en seguida la puerta en oro e incrustada de diamantes y que tenía un dibujo que le era familiar, se abrió.

Ábrego miró a la sacerdotisa preguntándole qué debía hacer. Esta le indicó que colocara la caja dentro del nicho. Inhaló profundamente mientras miraba la caja que besó para despedirse. La colocó dentro del nicho y al retirar sus manos, esta se cerró. La vela se encendió, lo que impresionó a Ábrego.

—E' la respuesta de la Montaña indicando que ha recibí'o a su hijo. Los nichos nacen cuando un eze nace. Se forman mientras un eze se desarrolla en el vientre materno. Ella conoce a sus hijos, ella se da a sus hijos. E'te —dijo señalando al que estaba al lado de su padre— e' el suyo.

Ábrego a paso lento se acercó. En la puerta de oro estaba detallado su tatuaje. Miró a la sacerdotisa:

—La montaña conoce a sus hijos desde que e'tán en el vientre y los

conoce por su verdadero nombre, su marca.

Ábrego se tornó hacia la columna y puso su mano sobre ella. La piedra estaba cálida, viva. Sintió como un pulso que se aceleró un poco al sentirlo. Le invadió una sensación de paz como si la Montaña le tratara de consolar. Él sonrió y se acercó colocando su frente sobre la piedra.

Madre, dijo en su mente a sabiendas que ella le escuchaba.

La palma de su mano izquierda ardía y él trataba de despegarla de la columna mas no podía. Miró a la sacerdotisa para que le ayudara, pero ella lo único que hizo fue incarse y bajar el rostro.

Trató nuevamente, pero en valde. Sentía la mano arder y de ella emanaba un aroma a piel quemada como esa de la pira funeraria de su padre. Se sosegaba el ardor lentamente luego de varios segundos hasta no sentirlo. En ese momento la Montaña le permitió retirar su mano.

Una marca ahora decoraba la palma de su mano izquierda. Un espiral le daba comienzo a una cadena de tres montañas que, de manera inversa y unida a la de arriba, se repetía en la parte posterior. En su centro estaba el símbolo hüaku del aire, su elemento.

La sacerdotisa se puso en pie, pidió permiso para tomar su mano y dijo:

—La Montaña lo ha bendeci'o, eze Ábrego. E'to a pasa'o varias veces en nuestra historia —dijo sorprendido—. Los espirales significan protección; las montañas, Verggerri. El símbolo en el centro no lo reconozco.

Ábrego tornó su mano para que la sacerdotisa viera el símbolo de su elemento marcado en su piel el día de su consagración. La sacerdotisa la viró nuevamente y se acercó a la nueva marca y volvió a mirar la del elemento.

—E'ta e' la marca que la esencia divina del elemento del aire me ha da'o al consagrarme su custodio.

La sacerdotisa sonrió y dijo.

—Un mestizo, con to' y respeto, es la mezcla de dos razas. En su caso la verggerrés y la hüaku. Ma' uste' es diferente. El aire da forma con su toque a la montaña y ella se deja transformar. Viven en perfecto balance, en armonía como viven en uste'. La montaña lo reconoce y a ese que vive dentro de su se' —se acercó como para decirle un secreto—. Al salir de aquí lo van a e'ta esperando. Lo primero que va a hacel e' ir directamente al Sumo Sacerdote de mi orden y le va a enseña' su mano. ¡No haga ma' na'! A uste' no lo quieren, pero la Montaña sí. Eso no lo pueden nega'.

Soltó su mano y le llevó hasta la puerta que abrió y cerró tras de ellos. Al emerger del Camino de la Matriz de la Montaña, Ábrego hizo como le

indicó la sacerdotisa, ignorando las palabras de su abuela Nasuria que le preguntaba si su hijo descansaba en la Matriz de la Montaña. El sumo sacerdote tomó la mano de Ábrego y al verla dijo:

—La Montaña reconoce a su hijo, le bendice con su marca. Le reconozco, mi Eze, hijo de la madre Montaña a quien ella entrega el cuidado de su reino—de inmediato se arrodilló en reverencia y todos los otros sacerdotes y los presentes, con excepción de Nasuria, hicieron lo mismo.

## Una sencilla petición.

Las reseñas ayudan enormemente a dar a conocer los libros y a sus autores.

Si te gustó *Dictamen*, deja una reseña en **GoodReads**, en **Amazon** si lo compraste allí, en la página de la librería donde lo obtuviste, en tus redes sociales donde te ánimo a compartir una foto de la portada y usar el **#Dictamen** o **#AscensionDivina3**. Así corremos la voz sobre *Dictamen* y llegará a más lectores.

No olvides suscribirte a mi boletín de noticias donde comparto cositas interesantes. Visita [alexandraroman.com/newsletter](http://alexandraroman.com/newsletter).

Agradecida de tu respaldo,

Alexandra.





Alexandra Román nació en Bayamón, Puerto Rico, el 7 de diciembre de 1977. Cursó su bachillerato en Ciencias Naturales en la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Cayey. Ganadora del Taino Award for Author of the Year 2020 por conservar la cultura taína a través de la literatura por su libro *Obsesión*, la primera entrega de la trilogía *Ascensión Divina*. Es creadora de *Arte Escrito Podcast* donde comparte sus técnicas de escritura y proceso creativo. Sus publicaciones aparecen en la antología de cómics *Ricanstruction* de Edgardo Miranda creador de *La Borinqueña*, la antología mejicana *Todos Somos Inmigrantes*, *La Prensa de Chicago*, *Better Homes and Garden*, *Mija Magazine*, entre otros.

Síguela en sus redes sociales como alexandraroman en Instagram y Twitter, su Facebook Page es *Writer Alexandra Roman*. Pasa por su página web, <http://alexandraroman.com>, allí te puedes leer varios de sus escritos, como suscribirte en su Newsletter.